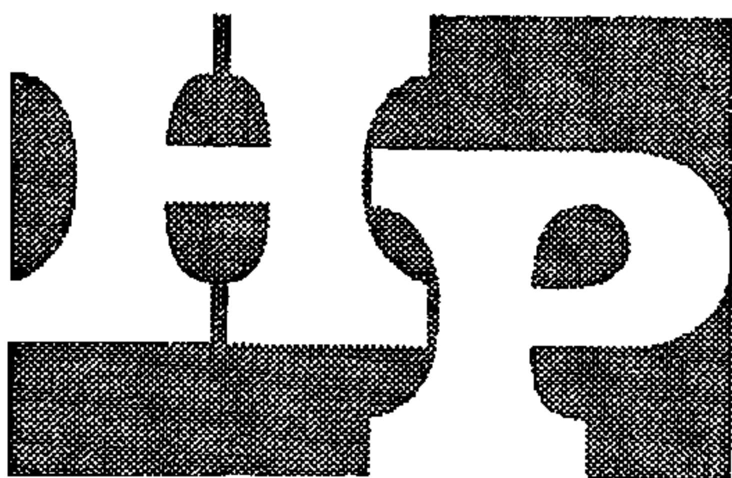


Silver Kane

¡A MUERTE, BILLY!





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

¡A MUERTE, BILLY!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 385
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 11899-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: mayo, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

—¡A muerte, Billy!

La voz parecía resonar en su interior, martillear en su cerebro, mientras avanzaba poco a poco por el centro de la calle principal de Abilene.

—¡A muerte, Billy!

Una fría decisión le dominaba. Un ansia loca de matar parecía latir en su sangre.

Sentía que la derecha le quemaba, de tantos deseos que tenía de empuñar el revólver.

Su enemigo estaba a unos quince pasos.

Trece.

Doce…

—¡Saca!

La voz sonó como un estampido en el centro de la calle. Fue igual que un grito de muerte.

Billy ni se dio cuenta de que empuñaba el «Colt».

Era como si hubiera nacido en sus propias manos, como si ya lo tuviera pegado a sus dedos desde siempre.

Su enemigo también se contorsionó.

También era rápido el maldito.

Pero no llegó a dominar a Billy. Apenas había puesto el revólver en línea de tiro cuando ya recibió el primer balazo.

Fue al pulmón derecho.

Se dobló hacia un lado. Hizo un esfuerzo desesperado para modificar la posición del revólver.

El segundo disparo le atravesó el estómago.

El pistolero giró sobre sí mismo, encogiéndose para dominar el terrible dolor.

La tercera bala le atravesó la cabeza. Ésta fue la que hizo que desaparecieran todas las sensaciones —dolorosas y placenteras— de este mundo.

El revólver aún temblaba en las manos de Billy. Parecía dispuesto a seguir disparando.

Al fin lo guardó, tras voltearlo en su mano derecha.

El *sheriff* de Abilene vino lentamente. Su estrella brillaba bajo el rutilante sol.

—Le hubiera bastado con una bala, Billy.

—Tenían que ser tres.

—¿Por qué?

—Es mi medida. No disparo a gusto hasta la tercera.

El *sheriff* intentó tragar saliva.

Se le había quedado la boca seca después de ver aquel desafío.

—Oiga, Billy.

—¿Va a detenerme, *sheriff*?

—No. El duelo es legal aquí, y el suyo ha sido un desafío cara a cara. Pero quiero que se marche de la ciudad. Que se vaya al infierno, para que nos entendamos mejor. No deseo verle aquí ni un día más.

—Me marcharé, *sheriff*, pero antes…

—¿Antes qué?

—Aún he de matar a otro hombre.

Los puños del representante de la Ley temblaron.

—¡Maldita sea, Billy! ¡Si lo hace lo ahorcaré!

—Delo por hecho, *sheriff*. Voy a matarlo. He guardado tres balas para eso.

Demasiado sabía Billy que el *sheriff* no se atrevería a disparar contra él.

No quería disparar contra un pistolero de su clase. Era demasiado riesgo.

Y era cierto. El *sheriff* no pensaba desafiarle. Lo único que en aquel momento pensaba era: «¡Que se largue de una vez!».

Billy le hizo una especie de saludo, llevándose la derecha al sombrero.

Luego se dirigió al hotel que estaba apenas a unas cien yardas, en la calle principal.

En su interior seguía resonando aquella voz maldita:

—¡A muerte, Billy!

Lo único que no sabía era cómo matar al hombre que estaba en aquel hotel sin que pareciese un asesinato. De todos modos estaba dispuesto a hacerlo, pero le hubiera gustado encontrar alguna fórmula.

Desde una de las ventanas de aquel hotel, un hombre le veía avanzar.

Sus facciones estaban desencajadas.

Su barbilla temblaba espasmódicamente.

Veía a Billy avanzar por el centro de la calle. Le parecía que ya estaba allí, que nada ni nadie conseguiría detenerlo.

Apretó los puños.

Veía también el cuerpo del muerto, tendido en el polvo, y eso le llenaba de horror.

Volvió al interior de la habitación y empuñó el rifle que tenía cruzado sobre la cama. Billy era un blanco demasiado bueno. No podía desperdiciar la ocasión.

Tomó el arma y apuntó frenéticamente a través de la ventana.

Necesitaba matar a Billy. ¡Necesitaba matarlo o él también estaría pronto como aquel muerto que se tostaba al sol!

El miedo hacía que sus manos temblaran.

No podía precisar bien la puntería. Le faltaba hasta la respiración.

Billy, mientras avanzaba, tenía los ojos clavados en la fachada del hotel.

Eran unos ojos duros, impenetrables.

Vio el brillo de la caja de mecanismos del rifle, y eso fue lo que le advirtió. Se pegó a tierra con una rapidez fulminante, mientras la denotación crepitaba.

Su enemigo no hubiera hecho puntería, pero paradójicamente, estuvo a punto de alcanzar a Billy al cambiar éste de posición. La bala se empotró en el suelo, a un par de pulgadas del sitio donde el joven había puesto la cabeza.

Billy disparó a su vez.

La sangre le quemaba.

¡A muerte!

No supo si había pronunciado aquello en voz alta. Lo cierto fue que se encontró corriendo en zigzag por la calle. Su enemigo

disparó otras dos veces desde la ventana, pero estaba tan aterrorizado que ni siquiera se acercó al blanco.

Las balas dibujaron en la calle inútiles surtidores de polvo.

Billy llegó al porche del hotel. Recargó las balas que faltaban en el cilindro.

Desde la puerta, el dueño le miraba aterrorizado.

—¿Qué va hacer?

—Voy a librarle de un cliente, amigo.

—¡No se atreverá a entrar…!

—¿Que no me atreveré a qué?

—Nada, nada. Pase, amigo.

La expresión de los ojos de Billy había bastado para «convencerle». Al dueño del hotel solo le faltó ponerle bajo los pies una mullida alfombra.

Billy fue ascendiendo por la escalera.

Iba pegado a la pared.

El revólver completamente cargado quemaba en su derecha. Sentía ya el mismo deseo terrible de matar que antes de exterminar a su primera víctima.

Su respiración era entrecortada.

Sabía que sólo se calmaría cuando apretara el gatillo. Cuando lo apretara seis veces.

Estaba a la altura del primer piso cuando llegó la primera bala.

Pareció estallar en la pared, haciendo un desconchado en ésta. Billy se agazapó entre las columnas de la baranda.

Hizo fuego.

Su enemigo se replegó. Trepaba como un gato por los peldaños, volviendo a su habitación.

Los dientes de Billy rechinaron.

Disparó otra vez.

Ahora el revólver que llevaba su enemigo salió volando por los aires. Se oyó un chillido de rata asustada.

Billy subió los peldaños de cuatro en cuatro.

Su enemigo se había tendido en la cama. Su pecho subía y bajaba desacompasadamente, al ritmo de la respiración alterada. Parecía entregado, hundido. No se le veían armas.

Billy se detuvo en el umbral.

Su rostro era como una máscara. En él solo brillaban los ojos con

frío designio de muerte.

—¿Quién? —murmuró.

—No sé… Lo que quieres preguntar… No te entiendo.

—Lo sabes perfectamente.

—¿Por qué has matado… a Rolcest?

—Hacía tiempo que pensaba hacerlo. Lo venía buscando.

—¿El tampoco quiso hablar?

—No.

—Yo… Yo te diré lo que sea.

—Yo sólo quiero saber una cosa. Quién es Clifford.

—No… No puedo contestarte.

—¿Acaso no lo sabes?

—No, no lo sé.

Billy movió el revólver suavemente.

—Quiero saber quién es Clifford. Quiero saber quién se oculta bajo ese nombre.

—No… No lo sé.

—Tú has trabajado para él. Y Rolcest también lo había hecho.

—Pero… nunca le vimos.

—¿Cómo recibíais órdenes?

—Nuestro trabajo sólo consistía en matar… Matábamos a los enemigos de Clifford. Para eso le bastaba enviarnos una fotografía de la víctima y un par de palabras con el lugar donde podíamos encontrarla. Nosotros obedecíamos.

—¿Y nada más?

—Nada más. Nunca… le hablamos.

Billy sonrió secamente.

Su rostro era ahora la propia máscara de la muerte.

—Tú y Rolcest recibisteis cierta vez la fotografía de una muchacha vestida de blanco.

—No… No recuerdo.

—Haz memoria, maldito hijo de zorra.

—Quizá era una chica con un pequeño lunar en… en la mejilla derecha.

—Sí.

—En efecto, recibimos la fotografía. ¿Es que… la conocías?

Billy dijo lentamente, dejando caer las tres palabras una a una.

—Era mi hermana.

El hombre que estaba tendido en la cama volvió a chillar como una rata asustada. No estaba en aquella posición por capricho. La mano izquierda, que se había ido deslizando cautamente bajo la almohada, apareció de pronto.

Iba armada con un «Derringer».

Creyó que tendría tiempo para disparar. Empezó a lanzar un grito de triunfo.

Aquel grito se transformó en un gorgoteo de agonía.

Billy había empezado a disparar. Era como una máquina.

En él resonaba cada vez más fuerte aquella voz interior, aquella voz salvaje.

—¡A muerte, Billy!

Le quedaban cuatro balas en el cilindro, y las cuatro se clavaron en el cuerpo de su víctima. Ésta se estremecía a cada nuevo impacto. Un momento después, las ropas de la cama habían quedado convertidas en un mar de sangre.

Billy recargó el revólver poco a poco.

—Tendré que comprar más balas —murmuró para sí—. Aprovecharé antes de que suban de precio…

CAPÍTULO II

La figura del *sheriff* se recortó en el umbral.

Estaba muy pálido. Contempló el dantesco espectáculo como si no lo creyese.

Lanzó una especie de gruñido y luego, preguntó:

—¿Defensa propia?

—Véalo usted mismo. Tiene todavía un revólver en la mano derecha. Además, ya vio cómo me disparaba desde la ventana.

—Sí, lo vi… Desgraciadamente no puedo detenerle, Billy.

Y añadió roncamente:

—Con gusto lo llevaría a la horca.

—Tenga paciencia, *sheriff*. Otra vez será.

—Maldita sea su estampa, Billy. Maldito el día que puso los pies en Abilene.

—No se preocupe; me iré enseguida.

—¿Ya no le queda nadie más a quien matar?

Billy contempló al *sheriff* de arriba abajo, desde los cabellos hasta las puntas de los pies.

El *sheriff* se estremeció.

—Oiga… No puede tener nada contra mí.

—Sólo le miraba, *sheriff*. ¿Le asusta?

—Parecía como si tomara medidas para mi ataúd, maldita sea.

—Es que quizá el próximo hombre a quien tengo que matar sea tan alto como usted, *sheriff*. Y, ahora, buenos días.

Salió de la habitación lentamente, dejando que el cadáver fuera siniestramente acariciado por los rayos del sol que entraban a través de la ventana abierta.

CAPÍTULO III

Sí. El hombre tenía más o menos aquellas dimensiones. Era de una estatura y un peso equivalentes a los del *sheriff* de Abilene.

El hombre salió de la casa de juego, donde había pasado parte de la tarde, lió parsimoniosamente un cigarrillo, lo encendió y cruzó la calle, hacia el saloon.

Las cosas no se le habían dado mal. En aquella casa de juego se zumbaba fuerte. Apuestas de doscientos pavos y más. Con una buena racha, era posible ganar bastantes billetes de los grandes en pocas horas.

El hombre palpó uno de sus bolsillos, que crujía a causa de los billetes nuevos depositados en él.

Ochocientos dólares.

Podía pasar como un rey el resto de la semana, sin necesidad de tocar sus ahorros, que tampoco eran despreciables. Pues guardaba en el Banco más de doce mil dólares.

Penetró en el saloon.

Empezaba ya a estar animado. Sobre todo, la persona que más le interesaba se encontraba allí. La alta figura de Bonnie se deslizaba sinuosamente por entre las mesas. Era espigada y fina, como le gustaban al recién venido. Un largo corté en la falta insinuaba las piernas mórbidas, enfundadas en medias de encaje.

—Bonnie…

Ella le sonrió.

—¿Qué, Just?

—Ha habido suerte.

—¿Mucho?

—Ochocientos.

La sonrisa de Bonnie se hizo más ancha y más insinuante.

—Podemos cenar juntos, ¿no? ¿Me invitas?

—¿A qué crees que he venido?

Sus ojos la recorrieron lentamente, con una especie de ansia contenida y secreta.

—Me gustas demasiado, Bonnie…

—¿De veras?

—Y me lo haces pagar demasiado caro. Te aprovechas de esa debilidad mía.

—Todo lo bueno se hace pagar —murmuró ella.

—Me revienta que estés aquí —dijo él bruscamente—. Que revolotees por las mesas. Algún día te sacaré de este lugar.

—¿Qué crees que estoy esperando?

Los dientes de Just rechinaron.

—Sal ahora de aquí. Empieza a prepararlo todo. Quiero que sea una cena de gran categoría. Haz que nos cedan el mejor reservado.

—En seguida, Just.

Ella se alejó, contoneándose.

Los ojos del hombre brillaban.

Y brillaron un poco más, aunque de distinto modo, cuando aquella voz dijo a su espalda:

—De modo que ha habido suerte, Just…

El interpelado se volvió.

Sus facciones se habían vuelto lívidas.

Veía bien al hombre que ahora estaba frente a él, porque la luz de una de las lámparas se derramaba plenamente sobre su rostro.

Just le conocía bien. O quizá no, quizá, se equivocaba. Después de correr tanto mundo y de tratar con tantos hombres, no podía estar seguro de nada.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Billy.

—Billy… No recuerdo ese nombre.

—Hubo dos hombres que tampoco lo recordaron en el primer momento. Los dos estaban en Abilene. Hermosa tierra para descansar…

—¿Qué… quiere decir?

—Nada. Lo que ha oído, que Abilene es una magnífica tierra para descansar.

—¿En qué sentido?

—En cualquier sentido, muchacho… ¿Por qué ha de ponerse nervioso? ¿No le gusta el descanso? ¿No le apetecería encontrar un sitio donde poder estar muy quietecito… para siempre?

A Just le pareció oír un castañeteo lejano.

Y sin embargo, era muy próximo. Era el castañeteo de sus propios dientes.

—¿Qué quiere usted? —musitó.

—Saber si recuerda a Rolcest y a Wilbur. Los dos eran buenos amigos suyos.

—¿Eran?

—Sí. Ahora están muertos.

Just notó que un vacío instantáneo se había hecho en torno suyo. Todo el mundo se había largado como si por aquella parte anduviese la fiebre amarilla. Tuvo el deseo de «sacar», pero comprendió que su enemigo estaba alerta.

Debía esperar una ocasión más favorable. No precipitarse. Tener un poco de calma…

—¿Qué tengo yo que ver con eso? —murmuró.

—Quiero que me diga quién es Clifford.

—¿Clifford? Jamás oí ese nombre.

—¿Usted también recibía fotografías?

—¿Qué… dice?

—Si también le enviaban una fotografía de la persona a la que había de matar.

—No sé de qué me habla.

—No he venido desde Abilene para perder el tiempo —dijo suavemente Billy—. Suelte de una vez el verdadero nombre de Clifford. Dígame dónde puedo encontrarle. Si quiere tener alguna probabilidad de sobrevivir, responda antes de diez segundos.

Just balbuceó:

—Sí, yo recibía fotografías.

—Pero no vio nunca a Clifford.

—No…

—Quiero la verdad. Alguno de los tres tenía que servirle de enlace. Si los otros dos no lo eran, eso significa que eras tú. Puedes elegir entre vivir hablando o morir calladito. Y ahora ya han transcurrido los diez segundos. ¡Di lo que sea de una vez!

A Billy ya le estaba quemando aquella voz en su interior. Ya oía

de nuevo el grito:

«¡A muerte, Billy!».

Fue algo instintivo.

Vio que su enemigo tenía preparado el revólver. Él se anticipó.

Dos detonaciones sonaron en el silencio del saloon, pero la dos surgieron del revólver de Billy.

Just se contorsionó. Lanzó un grito de agonía, en tanto trataba de sujetarse a la barra. Una tercera bala, disparada a menos de tres pasos de distancia, le atravesó la cabeza de parte a parte.

Cayó pesadamente a tierra. Los ocho crujientes billetes de cien resbalaron del bolsillo superior de su camisa.

Billy tomó uno de ellos. Era más que suficiente.

—Tengo una cena pagada —murmuró—. He oído que la encargaba hace poco…

CAPÍTULO IV

Bonnie hizo un gesto de sorpresa al verle. Aquel hombre alto —más alto que Just—, y desde luego más guapo y atractivo, le resultaba un perfecto desconocido. Pero su instinto de mujer le dijo que había salido ganando en el cambio.

Lo único que le inquietaba eran los ojos de aquel hombre. Aquellos ojos helados y en los que parecía palpitar la muerte.

Bonnie musitó:

—He oído tres disparos.

—Sí.

—¿Alguna discusión?

—Una sola.

—¿No va a venir Just?

—Puede que se retrase.

—¿Mucho?

—Un par de siglos.

Ella suspiró con una especie de cansancio, pero sin alterarse lo más mínimo.

—¿Por qué le has matado?

—Ya ves. Tenía ganas de cenar contigo.

—Lo estaba preparando todo. He encargado ciervo al horno y champaña francés. ¿Te gusta?

—En tu compañía, sí.

—Aún tardarán un poco en traerlo. ¿Por qué, mientras tanto, no charlamos tú y yo?

—Eso es lo que estoy deseando.

—Siéntate.

Ella lo hizo primero, en el diván tapizado de rojo. Su falda se abrió como una cortina. Cualquier otro hombre hubiera puesto unos

ojos como platos ante aquella exhibición, pero Billy no pareció impresionarse.

—¿Conocías bien a Just?

—Éramos amigos.

—Él trabajaba para un hombre llamado Clifford.

—¿Clifford? Jamás le oí nombrar.

—Eso es absurdo. Su nombre suena en todo el Oeste. Cualquier *sheriff* podría hablarte de él, aun cuando ninguno de ellos conozca su verdadera identidad.

La mujer volvió lentamente la cabeza, como si hiciera un gran esfuerzo para recordar. Pero Billy no se dio cuenta de que, al preguntarle por Clifford, había nacido en el fondo de sus ojos como una chispa de alarma.

—Nunca me he preocupado de según qué cosas —dijo—. Soy una chica que se gana la vida en el saloon. Sólo conozco a los hombres por el oro que llevan encima; lo demás no me importa.

—Pero Just quizá te haya dicho alguna cosa. Los dos teníais bastante confianza.

—Sólo en según qué aspectos.

En aquel momento entró una camarera con una bandeja en la que había una botella de champaña frío y dos copas. La depositó sobre la mesita y se fue.

Bonnie tomó la botella.

—Soy una experta en descorchar —dijo—. ¿Te sirvo una copa?

—Ajá.

—Soy tonta —dijo—. Me sabría mal que se perdiese…

Descorchó, en efecto, la botella, con mucha habilidad. Pero el tapón cayó al suelo.

Se inclinó para recogerlo. Tendió la mano hasta el borde inferior del diván.

Cuando aquella mano reapareció, iba armada de un «Colt» 45 que estaba oculto allí. Billy vio rápidamente la perspectiva. En la mano izquierda de aquella apetitosa mujer estaba la botella rebosante de espumoso líquido; en la derecha, el revólver rebosante de muerte.

—Me quedo con la botella —murmuró.

Su pierna derecha se movió con una fulminante rapidez. Sólo de aquel modo podía llegar a alcanzar el revólver, dada la distancia

que los separaba. La puntera de la bota chocó con la culata e hizo que la mano de Bonnie se alzase. La bala surgió del cañón, pero fue para clavarse en el techo.

Ella lanzó una maldición.

Fue a bajar el revólver un poco.

Billy movió entonces las dos manos. Y la doble bofetada resonó estruendosamente en el reservado, haciendo que la chica cayese sobre el diván. Le faltaron fuerzas para sostener el revólver, que se deslizó mansamente hasta el suelo.

Ella le miró con ojos desencajados.

—He dicho que me quedaba con la botella —murmuró Billy.

La tomó y sirvió una copa, bebiéndola con calma. Luego llenó otra y la tendió a la muchacha.

—Anímate.

—No quiero… beber.

—Pues te conviene remojarte la boca, porque vas a cantar una ópera.

—Te he dicho antes que no conozco a Clifford.

—Y quizá te hubiese creído, pero con el jueguecito del revólver lo has estropeado todo. Seguramente Just llegó a decirte algo y tú no quieres ahora repetirlo, ¿verdad? Te parece peligroso ir contra Clifford, ese hijo de zorra… De acuerdo, pero ir contra mí es más peligroso todavía. Y ahora vas a decirme todo lo que sepas. ¿Dónde infiernos lo veía Just?

—No… lo veía.

—¿Cómo recibía órdenes?

—Se las transmitía un enlace. Creo que se veían cuando había que dar algún golpe.

—¿Qué hacía ahora Just? ¿Descansar?

—Sí. Creo que Clifford no tenía nada preparado. No iba a dar ningún golpe por ahora.

Billy se sirvió otra copa de champaña.

—Tú sabes que Clifford es el hombre que ha robado más bancos en toda la historia del Oeste. Tiene a hombres dispersos en distintas ciudades, hombres de los que nadie sospecha, y que reúne cuando hay que actuar. No están juntos más que un día a dos como máximo. Luego vuelven todos a sus lugares de origen. También explota otra clase de industria; los asesinatos por encargo. Cuando

alguien quiere librarse de un prójimo que le molesta, se pone en contacto con uno de los hombres de Clifford y ambos acuerdan el precio a pagar. Luego un pistolero venido de lejos, y al que nadie conoce en el lugar del crimen, se encarga de realizar el «trabajo». Supongo que ese sucio negocio llegará a tener amplias ramificaciones en este país[1].

Bonnie estaba muy pálida.

Sin atreverse a moverse del diván donde había caído, en sugestiva postura, susurró:

—Y si Just hubiera sido uno de esos hombres, ¿qué?

—Quiero conocer el enlace.

—Se llama Conan.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Lejos de aquí. En Wichita.

Billy hizo una mueca que no hubiera podido afirmarse si era de asentimiento, de amenaza o de burla.

—Iré a Wichita, muñeca —dijo—, pero si me has engañado más vale que te escondas en el fondo de la tierra. Porque volveré y te clavaré una bala entre tus hermosas cejas. No me importará que seas una mujer. Te levantaré con plomo la tapa de los sesos…

Ella tembló…

Sabía que lo que aquel hombre decía era verdad. Ahora se daba cuenta de la clase de tipo que era Billy. Nunca había conocido a ningún otro hombre que tuviera tanto aspecto de haber nacido para matar…

—Conan, en la ciudad de Wichita —recapituló él—. ¿Pero dónde, exactamente, podré encontrarlo?

—Tiene una cantina. Se llama El Reposo.

Billy sonrió severamente.

—El Reposo… Bonito nombre para el que ha de morir.

Alzó su copa.

—¿Pero por qué ponerse tristes? —dijo—. El muerto nos ha invitado a una magnífica cena…

Y mostró los cien dólares que había arrebatado a Just. La mujer le miraba fijamente mientras sentía que le temblaban los labios.

CAPÍTULO V

El telégrafo es uno de los servicios públicos que mejor ha funcionado siempre en los Estados Unidos, ya desde el principio. Quizá por eso lo primero que hacían los indios en guerra era eliminar los hilos y derribar los postes.

Bonnie sabía muy bien dos cosas; que el telégrafo funcionaría a la perfección y que la noticia llegaría a Wichita bastante antes que aquel inquietante tipo llamado Billy.

Por eso, apenas él hubo salido de la ciudad, se apresuró a expedir un telegrama. El destinatario era Ismael Conan, El Reposo, Wichita.

Conan lo recibió a la mañana siguiente, cuando aún estaba en la cama, y por cierto en buena compañía.

Lo leyó y lanzó un gruñido.

—¡Por los infiernos! ¡Maldita sea!

La bailarina se inclinó sobre él.

—¿Qué pasa?

—Nada… Un contratiempo. Una visita que no esperaba.

—¿Grave?

—Hum…

Arrugó el telegrama y lo lanzó directamente a la chimenea, donde aún quedaba un rescoldo de fuego. No necesitaba leerlo dos veces. Su contenido quedaría grabado para siempre en su memoria, como escrito en letras de fuego:

> «*Un hombre llamado Billy, llegará a Wichita. Ha matado a Rolcest, a Wilbur y a Just. He tenido que darle tu nombre para que no me matase a mí también. Viste*

sombrero blanco y lleva un caballo del mismo color. Prepara una de estas dos cosas: o una ración de plomo para él, o una tumba para ti».

Firmaba Bonnie.

Conan conocía a Bonnie. ¡Vaya si la conocía! Una buena chica que había sido amable con todos los pistoleros del grupo, más o menos por turno. Una mujer de confianza para misiones de enlace de poca monta. No avisaría de un peligro si ese peligro no existiese.

De modo que Billy…

No entendía cómo había podido matar a Rolcest. ¡Si Rolcest tiraba como un demonio!

Lanzó un gruñido y puso los pies en el suelo.

—¿Ya te vas?

—Tengo trabajo urgente. He de reunir a unos cuantos hombres.

Se vistió apresuradamente, se mojó un poco la cara y salió a la calle. Sobre ésta lucía ya un magnifico sol. Los ganaderos iban de un lado para otro, preparando sus próximos envíos. La estación de ferrocarril bullía de animación y sobre ella flotaba una permanente nube de polvo.

Miles y miles de reses esperaban el embarque que las llevarían a la lejana Chicago. Los vaqueros las vigilaban y de vez en cuando empinaban el codo a hurtadillas, aprovechando el que aquella ciudad era el sitio donde el licor se vendía más barato de toda la ruta.

Conan se dirigió al jefe de la estación. Lo conocía muy bien, y hubiera podido decir de él cosas que interesarían a más de un *sheriff*. Pero ahora lo que quería era otra cosa.

El jefe de estación le miró de soslayo.

—Hola, Conan. ¿Por qué vienes ahora? Hay mucho trabajo.

—El patrón está en peligro.

—¿Queeeé?

—Alguien viene a liquidarle. Se llama Billy.

—Jamás oí ese nombre.

—Yo tampoco, pero me basta con saber que antes de matar al patrón quiere matarme a mí. Me ha avisado Bonnie.

—Diablos, pues entonces es grave. Ésa no bromea… ¿Y qué quieres que haga yo?

—De momento, avisar a Bud y a Lors.

—No sé dónde están ahora. Habían corrido por la ciudad, pero…

—Encuéntralos como sea. Sigue su pista a través de todas las bailarinas que pululan por Wichita. Seguro que están con alguna de ellas. Y no pierdas el tiempo. Ese tipo podría llegar en tren.

—¿Por qué he de hacer ese trabajo yo?

—Tú infundes menos sospechas. Y puedes situar a Lors con un rifle en tu propio despacho. Es un lugar ideal para matar a cualquier tipo que lleva un sombrero blanco y quiera descargar del tren un caballo del mismo color.

—De acuerdo, los buscaré. ¿Hay que matar a ese tipo, simplemente? ¿Ninguna explicación?

—Sí —masculló Conan—. ¡Pregúntale por dónde quiere que le metas la primera bala, idiota!

Y salió echando pestes. Media hora después estaba engrasando su rifle último modelo, mientras por todos los lugares más o menos secretos de la ciudad, el jefe de estación buscaba a Bud y a Lors.

Los encontró al fin.

Lors acarició el rifle con el que llevaba ya más de una hora apostado junto a la ventana. Como bien había dicho Conan, aquél era un sitio ideal para matar a cualquiera que intentase desembarcar un caballo. El vagón que los transportaba a éstos se detenía justamente ante la ventana. Y para sacar a los animales de allí, había que dar la espalda a ésta.

Además, ¿quién sospecharía que desde el mismo despacho del jefe de la estación fueran a asesinarle?

Se oyó en la lejanía el pitido del tren.

Era muy posible que Billy, si llegaba por ferrocarril, utilizase aquel convoy. También podía llegar a uña de caballo, en cuyo caso tardaría más. Pero, por si acaso, Conan y Bud ya estaban apostados sobre las rocas del camino que entraba en la ciudad.

Empezaba a oscurecer.

Las lámparas de petróleo de la estación se habían encendido. El pitido de la locomotora se volvió a oír en la distancia.

Lors alzó un poco el rifle.

No se sentía nervioso, porque había hecho aquel trabajo muchas veces. Sabía aprovechar el momento, y en su vida de asesino a sueldo no había fallado una sola vez.

Lo peor sería si no llegaba en aquel tren y había que esperar a otro. Por cien mil buitres… ¡Con lo bien que estaba ligando ahora el asunto entre él y aquella bailarina llamada Ketty!

Se oyó el «chaf, chaf»… de la cansada locomotora. Ésta pasó por delante de los ojos de Lors.

Había muy pocas personas esperando a los que llegaban. Pero ni un alguacil, porque Conan se había preocupado de distraer al *sheriff* y a sus hombres con unas cuantas chicas.

El vagón destinado a los caballos se detuvo justo en el lugar de siempre; delante de la ventana.

De los vagones descendieron unos cuantos hombres presurosos, la mayor parte de los cuales no llevaban caballo. La gente aún no se había acostumbrado a aquella especie de monstruo mecánico que era el ferrocarril, y si bien se empleaba mucho para el transporte de reses, eran pocos, en cambio, los que se desplazaban personalmente en él. Un par de accidentes en el último año habían hecho creer a la gente que antes de subir al tren uno tenía que dictar testamento.

Mejor.

El vagón de los caballos fue abierto. Sólo había cuatro animales en él, y uno de ellos era blanco.

Pero su dueño no se acercó.

Los otros tres fueron desembarcados, y el blanco, sin embargo, siguió allí. No era posible que su dueño siguiera viaje, puesto que el tren tenía por el momento su terminal en Wichita.

Al fin se acercó un individuo con un sombrero blanco.

No tenía grandes cosas que llamaran la atención. Su revólver brillaba quedamente a la luz de las lámparas. El ala del sombrero cubría su rostro.

Se acercó al caballo blanco y empezó a desengancharlo.

Aquél era su hombre. Lors sonrió y alzó un poco el rifle, apuntando bien por debajo del borde de la ventana de guillotina, que estaba ligeramente alzada.

Fue a apretar el gatillo.

Nunca había tenido una víctima tan fácil como aquélla. El hombre del sombrero blanco estaba quieto como una estatua.

Y de pronto Lors lanzó un chillido gutural. Acababa de ver el cañón del revólver que había aparecido bruscamente por un lado de la ventana.

Ya no tenía tiempo de desviar el rifle. Lanzó una maldición mientras sonaba el estampido.

La cabeza de Lors voló.

A tan poca distancia, la bala de aquel calibre «45» había sido de efectos fulminantes. El asesino se desplomó pesadamente. Billy guardó el revólver tras soplar en el cañón.

El hombre del sombrero blanco se volvió asustado.

—¡Infiernos, tenía usted razón! —gritó—. ¡Nunca había corrido tanto peligro para ganarme cincuenta dólares!

—Peligro verdadero no lo ha corrido nunca —dijo Billy—. Yo estaba vigilando y he visto perfectamente el cañón del rifle aparecer por esa ventana. El granuja que acaba de morir no tenía la menor probabilidad de hacer fuego.

—Diablos, pero… En fin, cincuenta machacantes son cincuenta machacantes. Tome su sombrero, amigo. Y cuando necesite alguna otra sustitución me lo dice. No sabe usted lo que se sufre, siendo un actor sin trabajo…

Billy susurró:

—Pienso matar a otro hombre más, amigo.

—Cuerno. ¿Otro?

—Y enseguida. Le daré diez dólares de propina en cuanto lo haya liquidado.

Sonriendo añadió:

—Puede venir a cobrar el extra mañana mismo…

Conan y Bud estaban apostados sobre el camino. Dudaban de que a aquella hora Billy apareciese por la ruta, pero todo era posible. Quizá, temiendo algo, se presentaría en la ciudad por la noche.

Bud murmuró:

—No se ve a nadie…

—No, y quizá no venga. Pero hay que estar ojo avizor. Si ha matado a tres hombres, entre ellos a Rolcest, conocerá todos los trucos. No podemos dejarnos sorprender.

Sin embargo, seguía sin verse a nadie.

Todo estaba muy tranquilo.

Hasta que la tranquilidad fue rota por aquel grito.

—¡Conan! ¡Bud!

Los dos pistoleros alzaron sus cabezas.

—¿Qué infiernos ocurre?

Lo que pudieron ver les llenó de asombro. El jefe de estación venía hacia ellos jadeante. La chaqueta gris con que se cubría parecía flotar al viento.

—¡Conan!

—¡Calla de una maldita vez! ¿Qué pasa?

—Sabía que estabais aquí.

—¿Y qué?

—Lors…

—¿Qué pasa con Lors?

—Ese tipo, el del sombrero blanco, lo ha liquidado.

—¡No es posible!

—Parecía olerse la trampa. Ha alquilado a alguien para que hiciese su papel durante unos minutos. Mientras tanto él vigilaba todas las ventanas y ha liquidado a Lors.

—Eso significa que…

—Eso significa que estoy aquí.

La voz, aunque más bien lenta y baja, produjo en ellos el efecto de un cañonazo. Se volvieron instantáneamente.

El primero que recibió fue el jefe de estación, a quien había seguido Billy, diciéndose que no era casualidad el que hubieran tratado de asesinarle desde su oficina.

Una bala le deshizo la mandíbula. Murió casi instantáneamente.

Bud fue el segundo. Había tratado de alzar el revólver. El plomo le mordió el corazón.

No se enteró ni de que moría. Sólo notó un leve pinchazo, casi como una caricia.

Conan trató de huir. Desde las rocas que lo cobijaban, quiso saltar al camino.

La bala le alcanzó en una cadera. A éste, Billy quería cazarlo vivo. Conan lanzó un grito y se desplomó rocas abajo, seguido por su implacable enemigo.

Los dos llegaron al camino casi al mismo tiempo. Billy estaba en mejor posición.

Pudo haber matado a su enemigo perfectamente, pero se limitó a apuntarle. No quería acabar con él, por lo menos todavía. Fue a exigirle que soltara su «Colt» y se rindiese.

Eso le resultó fatal.

Conan era de los que no se rinden. Tenía demasiado que perder, si algún día se descubría todo lo que había hecho.

Sin soltar su revólver, se contorsionó. Tenía una agilidad de serpiente. Billy notó el balazo cuando aún no había tenido tiempo ni para darse cuenta de lo que sucedía.

Por fin había encontrado un enemigo tan rápido como él. Y fue su instinto el que actuó, casi sin que lo pensara.

Disparo una sola vez.

En su cerebro parecía sonora aquella voz secreta:

«¡A muerte, Billy!».

Conan se contorsionó de nuevo, pero ahora de una forma distinta. Había sido alcanzado en mitad del corazón. Soltó su «Colt» y lanzó apenas un gemido, mientras su rostro se hundió en el polvo de la ruta.

Billy intentó ponerse en pie.

Pero había sido alcanzado también. Y bien alcanzado, ésta era la verdad.

Sus rodillas se doblaron y cayó a tierra sin tiempo para lanzar un grito.

CAPÍTULO VI

La voz de la mujer le sacó de aquella especie de pozo en que estaba hundido. Era una voz que sonaba muy cerca de él. Al mismo tiempo unos pasos se oían resonar casi junto a su cabeza.

La voz murmuró:

—Este vive.

—Arriba hay otro muerto.

La segunda voz era de hombre.

Billy vio en primer lugar a la mujer. Ésta vestía unas ropas blancas muy elegantes y muy limpias. Debía haber pasado por allí, viniendo de viaje, porque se distinguía un carruaje tirado por dos caballos, detenido a no mucha distancia. Era joven y bonita, quizá más bonita que otras que Billy había conocido en otras épocas de su vida. De su cuerpo poco se podía decir, porque el ancho vestido lo ocultaba, pero su rostro era casi perfecto. Unos cabellos rubios lo enmarcaban dulcemente.

El hombre apareció poco después.

Éste era algo mayor. Quizá cuarenta años, mientras que la chica debía tener unos veinte. Llevaba un revólver bajo la levita bien cortada. Su cinturón canana tenía algunos adornos que eran nada menos que de oro.

—Nancy…

—Ya te he dicho que este hombre vive.

—Parece un ajuste de cuentas entre pistoleros. ¡Menuda escenita han armado aquí!

El hombre no parecía demasiado satisfecho ante el hallazgo. Pero la mujer sugirió:

—Deberíamos llevarle a casa de Malcom.

—¿Crees que podrá curarlo?

—Al menos hay que intentarlo. Sería un crimen dejarlo aquí.

Y añadió:

—El pobrecillo me da mucha lástima.

—Mire, hermana —se oyó la voz de Billy, hablando por primera vez—, le aconsejo que se largue y me deje en paz. Y otra vez que se compre un vestido, procure que sea menos ancho y le marque un poco mejor la línea.

Ella se puso roja de indignación. El hombre lanzó una especie de gruñido y al fin lanzó una carcajada.

—Es chulo el tipo —dijo—. Ése no baja la cabeza ni aunque le hayan partido la columna vertebral a hachazos. De acuerdo, lo llevaremos a la casa de Malcom. Es lástima que un tipo así la diñe…

La casa de Malcom resultó ser un magnífico rancho que estaba a unas cinco millas de Wichita. Por lo que pudo deducir Billy a través de la conversación que aquellas dos personas sostuvieron durante el viaje, eran marido y mujer pese a la diferencia de edad. Malcom era viejo amigo suyo y habían sido invitados a visitar su rancho, pasando una temporada en él.

Billy pudo enterarse de poca cosa más.

La herida en el hombro izquierdo le dolía intensamente. Una especie de vértigo se apoderó de él.

Notaba que iba perdiendo el sentido. Hizo esfuerzos por mantenerse sereno, pero fue imposible. Cuando le ayudaron a descender, al llegar al rancho, no sabía si estaba vivo o acababa de atravesar la Gran Frontera.

Notó que lo hacían entrar en un edificio y lo tendían sobre una mesa. Luego le dieron algo de beber, quizá para calmar su dolor. Pero lo que consiguieron con aquello fue que perdiera el sentido definitivamente.

Cuando lo recobró, pudo ver que estaba en una cama. La habitación era alegre y blanca. Por una gran ventana entraba la luz del día.

El recordaba haber entrado allí siendo ya de noche.

Por lo tanto habían transcurrido bastantes horas, durante las cuales estuvo privado de conocimiento.

Se miró el lado izquierdo del cuerpo, que ya le dolía menos. Vio que tenía el hombro vendado. Sin duda le habían hecho una buena

cura, poco después de que perdiera el conocimiento.

La puerta se abrió.

Una mujer vestida de blanco apareció en el umbral. No era la de la tarde anterior, sino otra casi tan bonita como aquélla. Ésta también debía tener unos veinte años y vestía con más sencillez. Las ropas ceñidas, modelaba un cuerpo lleno de curvas turgentes y que estaba en su mejor momento. De eso de «mejores momentos», Billy entendía un rato largo.

No pareció sorprendida en absoluto al encontrarle allí.

Diríase que había estado a su cuidado durante toda la noche, porque preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Después de verla a usted, mucho mejor.

—No hace falta que me dedique piropos. Me parece que no está usted en condiciones de ir detrás de las mujeres.

—¿Qué es lo que tengo?

—¿No lo sabe?

—Me zumbaron en un hombro, pero no pude oír la opinión del médico. Estaba dormido.

—El médico dice que no es grave. Que no entiende cómo la bala no destrozó los huesos. Ahora tiene los músculos rotos y eso es lo que le causa el dolor, pero repito no es grave.

—Entonces podré irme…

—¿Por qué tanta prisa?

—He de casarme —gruñó Billy.

—Vamos, no diga tonterías.

—Cierto, para casarme yo no correría nunca… Pero se lo pregunto en serio. ¿Cuándo podré irme?

—Necesita un par de días de reposo, y luego lo que tarde la herida en cicatrizar. Está en el rancho del señor Malcom. ¿Se ha enterado ya?

—Sí. Ahora voy recordando lo que hablamos anoche. ¿Pero quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—Soy la secretaria del señor Malcom.

—¿Necesita secretaria y todo?

—Este rancho es muy importante. No crea que la contabilidad se puede llevar con los dedos, como seguramente la llevaría usted. Pero dejémonos de charla inútil. Yo sólo he venido a ver cómo se

encontraba.

—Ya ve. Mucho mejor.

—Deberá tomar esta medicina.

El joven descubrió entonces que ella llevaba una botellita en la mano. Hizo un gesto de repulsión aun antes de ver la etiqueta.

—Diablo, yo nunca he tomado mejunjes. Déjeme en paz.

—El médico lo recetó. Necesita tomarlo o tardará mucho más en poder salir de aquí.

—De acuerdo, de acuerdo. Ya veo que no queda más remedio que envenenarse.

Ella le dio una cucharadita de aquel preparado. Billy comprobó entonces que tenía sabor a *whisky*.

—Oiga…

—¿Qué?

—Si tomo ración doble, ¿no me curaré antes?

—¿Por qué quiere ración doble?

—Es por espíritu de sacrificio.

Ella miró la botellita, extrañada ante tanto entusiasmo, y luego la olió.

—¡Dios santo…!

—¿Qué ocurre ahora?

—Alguien ha puesto *whisky* aquí para poder empinar el codo sin que nadie se diera cuenta. La medicina es otra cosa.

—Bueno, es igual. De todos modos tomaré ración doble.

Billy tenía la ilusión de que la verdadera medicina siguiera teniendo sabor a *whisky*. Pero cuando ella volvió con otra botellita, se desanimó al ver el color de chocolate que tenía aquel líquido. Tragó una cucharada y por poco se le abrasa el estómago.

—¡Mil diablos!

—¿No quiere otra?

—¡Lárguese de aquí! ¡Y como vuelva a entrar con ese frasquito, se lo vuelo de un balazo!

—¿Con qué revólver?

Billy se dio cuenta entonces de que, efectivamente, no tenía ya su arma. Se la habían quitado, junto con el cinturón canana.

—Mejor será que se calme —dijo ella—. Además, esta medicina le ayudará a dormir.

Debía ser verdad.

Porque muy poco después Billy empezó a sentir como si las fuerzas le abandonasen, como si no tuviera vigor ni para mantener la cabeza erguida sobre los hombros.

La medicina debía contener también un somnífero, cosa que era lógica en sus circunstancias. Porque para un hombre que ha perdido bastante sangre y además ha de estarse quieto, lo mejor es dormir.

Pronto se dejó caer sobre la almohada y quedó sumido en un profundo sueño.

Un sueño reparador, porque cuando despertó ya tenía la sensación de volver a ser el peligroso Billy de siempre.

Estaba anocheciendo, pero en el rancho se advertía animación, a juzgar por los ruidos que se escuchaban. Debía ser la mejor hora. A través de la ventana llegaba el rasgueo de una guitarra. Cualquiera diría que en el patio se estaba celebrando una fiesta.

Billy se levantó.

No se sentía mareado. Se acercó a un espejo y vio que la barba no le había crecido tanto como él creyó. Seguía teniendo un aspecto bastante presentable. Valiéndose de la mano derecha llenó una jofaina con agua y se aseó. Vio que le habían dejado cerca de la cama ropas limpias para sustituir a las que habían sido manchadas por la sangre. Eso no tenía nada de extraño, puesto que en el rancho, con tantos vaqueros, debían sobrar ropas de aquella clase.

Se vistió y vio que eran exactamente de su medida. Luego salió de la habitación y se dirigió a la planta baja, desde donde seguía llegando el rasgueo de la guitarra.

Según pudo ver, allí se estaba celebrando una cena.

La mesa, instalada en el patio, reunía a cinco personas. A tres de ellas ya las conocía.

Dos eran el matrimonio que le salvó de morir desangrado en la ruta. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que ella se llamaba Nancy. En cuanto a él, no recordaba haber oído su nombre.

La tercera persona a la que conocía era la secretaria de Malcom, la que le había traído la medicina. Tampoco recordaba haber oído el nombre de ésta.

Las dos mujeres lucían vestidos de noche que las hacían más hermosas aún. Ninguna de ellas demostró demasiado sorpresa al verle aparecer por allí.

En cuanto a otros dos hombres que había en la mesa, resultaban

desconocidos para Billy.

Uno —según imaginó— era Malcom, el dueño del rancho. Vestía muy bien, y se le podían calcular unos cuarenta y cinco años de edad. Era algo calvo, pero de facciones duras y firmes. En cuanto al otro, no tan lujosamente vestido, Bill calculó que debía ser su hombre de confianza, quizá su administrador. Aparentaba tener unos treinta años.

El recién venido notó que todas las miradas estaban fijas en él.

Sonriendo un poco confusamente, murmuró:

—Comprendo que les he molestado. Mi intención es darles las gracias y marchar enseguida de aquí.

La secretaria de Malcom murmuró:

—Aún está demasiado débil, aunque crea lo contrario. Debe tener mucha hambre, ¿no?

Billy sonrió de nuevo.

—Si he de decir la verdad, creo que es el hambre lo que me ha despertado.

—Pues siéntese con nosotros a la mesa —dijo el hombre que presidía la reunión—. Yo soy Malcom.

—Es para mí un honor conocerle, señor Malcom.

—Estaba celebrando una pequeña fiesta en honor de mis amigos. Ya lo ve.

Señaló a los tres guitarristas mexicanos que, situados a cierta distancia, animaban la cena. Uno de ellos cantaba de vez en cuando lentas melodías en voz baja.

—Este caballero es Truman, mi administrador general —siguió presentando Malcom—. En cuanto a mi secretaria, creo que ya la conoce.

—Sí, pero ignoro su nombre. Creo que no me lo dijo.

—Se llama Ethel.

—Celebro conocerla, señorita Ethel. Ha sido muy amable conmigo.

Miró al matrimonio, al cual, en cierto modo, debía la piel.

—La señora creo que se llama Nancy —murmuró—. En cuanto a su marido, no lo recuerdo.

—John —dijo él—. Me llamo John.

—Creo que he de darles las gracias muy especialmente. De no ser por ustedes hubiese muerto.

—No piense en ello.

Billy tomó asiento en el lugar que le indicaban, y una criada le sirvió enseguida una generosa ración de carne asada en compañía de una enorme jarra de cerveza.

—El médico aseguró que podía comer de todo —dijo Malcom—, de modo que haga los honores a la cena sin miedo alguno. ¿Qué fue lo que le ocurrió exactamente?

—Era un ajuste de cuentas —dijo Billy.

—¿Entre usted y quién?

—Unos individuos con quienes tuve un tropiezo cierta vez.

—Es extraño.

—¿Por qué se lo parece?

—Uno de esos individuos no era un indeseable. Se trataba del jefe de la estación de Wichita.

Billy, que no estaba dispuesto a decir la verdad —porque a ninguno de los allí reunidos le interesaban sus intenciones— murmuró:

—No digo que fuera un indeseable. Sencillamente, tenía una cuenta pendiente con él.

—Es posible que el *sheriff* venga a hacerle algunas preguntas —dijo Malcom.

—Lo considero lógico. Pero que no tarde demasiado, porque no pienso estar aquí mucho tiempo. Apenas esté en situación de seguir viaje, me marcharé. No quiero abusar de su hospitalidad demasiado tiempo.

—No molesta —dijo Malcom—. El rancho es grande. No me importa tener una persona más.

—Quizá busque trabajo —insinuó Ethel, la hermosa secretaria.

—¿Me lo darían?

—Para matar a aquellos hombres tuvo que ser un buen tirador —dijo Malcom—. Y un buen tirador siempre tiene cabida entre mis hombres.

—¿Por qué? ¿Le amenaza alguien?

Las facciones de Malcom se ensombrecieron un momento. Luego trató de sonreír y dijo, haciendo una mueca:

—Todo ranchero rico está amenazado, amigo mío. Pero de eso hablaremos en otro momento.

Levantó su jarra de cerveza, indicando que brindaba a la salud

de todos.

Billy y los demás lo imitaron.

La verdad era que Billy necesitaba comer algún bocado. Aquella cena era lo que su organismo estaba pidiendo, después de los apuros sufridos.

Los tres mexicanos cantaban en aquel momento:

A mi amor se lo llevó la muerte y desde entonces mi destino es matar…

Billy sintió que se le nublaban los ojos.

CAPÍTULO VII

Malcom abrió la puerta.

—Pase. Quiero enseñarle los cercados donde son domados los caballos salvajes. Ése es también uno de mis negocios, ¿sabe? Los buenos caballos han tenido hasta ahora una gran demanda.

Le hizo salir al exterior del edificio, a los campos sobre los que se derramaba la luz de la luna.

Los caballos piafaron inquietos.

Eran magníficos ejemplares que se revolvían de vez en cuando contra las cercas. Una vez domados, vallan una pequeña fortuna. Billy preguntó al millonario dónde conseguía los caballos salvajes.

—Se los compro a los indios. Ellos son especialistas en capturarles, pero no los doman bien. Mis hombres tienen más paciencia.

—¿Los vende luego al ejército?

—En buena parte sí. Otros van a poder de los ganaderos que conducen manadas, y para los cuales un buen corcel es una herramienta tan indispensable como un buen revólver. Pero hablemos de su estancia aquí. ¿Qué le ha parecido la cena?

—Magnífica. Todos han sido muy amables conmigo. Y debo la vida a John y a Nancy.

—Son viejos amigos míos. Mejor dicho, el amigo es él. Se han casado hace poco y están dando una vuelta por el Oeste. Con ese motivo visitan mi rancho.

Uno de los caballos se acercó a la valla, donde estaba Billy. Pareció olfatearle con esa especial y misteriosa predilección que los buenos caballos sienten por los que adivinan que son buenos jinetes. Billy le acarició el cuello.

—Excelente animal —dijo.

—Casi todos son así. ¿Qué tal monta usted?

—No del todo mal.

—¿Sabría domar?

Billy sabía domar. ¡Claro que sabía! Pero se limitó a decir ambiguamente:

—No haría mal papel.

—Entonces, ¿por qué no se queda a trabajar conmigo?

—¿De verdad necesita gente?

—Ya habrá comprendido que un buen gatillo siempre es necesario aquí. Y usted lo tiene.

—¿Pese a haber sido herido en el hombro izquierdo?

—Eso no le impide tirar con la derecha. Y además, se curará. Mañana haré que le devuelvan su revólver.

—Gracias. Y si me encuentro mejor trataré de montar este caballo. Repito que es un magnífico animal…

Fue a palmearle el cuello otra vez, y de pronto su mano derecha quedó como colgada en el aire.

Barbotó:

—¡Por los cuernos del diablo!

Acababa de ver la silueta agazapada entre los troncos de la cerca. Fue su instinto, totalmente acostumbrado a la acción, lo que le advirtió y le hizo moverse a tiempo. De otro modo hubiera sido víctima fácil para el tirador, que estaba a poca distancia y le veía perfectamente a la luz de la luna.

La bala rasgó los aires cuando él se pegaba al suelo.

—¡Cuidado, Malcom!

Pero el plomo no iba para Malcom, sino para él. Una de las maderas casi saltó al recibirlo de lleno. Billy se dio cuenta de que sólo su agilidad le había salvado.

Veía bien a su enemigo y hubiera podido matarle con cierta facilidad. Pero no tenía revólver. El encontrarse desarmado le dio la sensación de estar desnudo.

—¡Su arma, Malcom! ¡Tíremela, maldita sea!

Malcom se había pegado al suelo. Le lanzó el revólver.

Pero éste quedó demasiado corto, de tal modo que el joven tenía que abandonar su precario escondite para alcanzarle. El pistolero se dio cuenta y corrió hacia él, atravesando el cercado.

Podía rematarle con facilidad.

Llegaría a menos de dos pasos antes de que Billy hubiera conseguido hacerse con el revólver.

El joven comprendió que ya estaba muerto. Y no vio manera de librarse de aquel macabro final.

Pero el pistolero, al cruzar de aquel modo por el terreno vallado, tuvo la virtud de irritar al caballo salvaje. Éste se alzó de remos y relinchó, mientras se le tiraba prácticamente encima.

El pistolero dio un traspiés.

Lanzó una sorda maldición mientras caía en tierra. Dio dos vueltas sobre el polvo, esquivando ágilmente la arremetida del caballo. Luego siguió avanzando hasta el otro lado de la cerca, donde estaba Billy.

Pero ya había perdido unos segundos preciosos.

Cuando llegó a la posición ideal de tiro, Billy ya sostenía el revólver. Los dos apretaron el gatillo casi a la vez.

«Casi».

En realidad hubo dos segundos de diferencia. La bala del pistolero salió escupida al aire cuando la de Billy ya le había atravesado el mentón, de abajo arriba. Él plomo rozó uno de los troncos y se perdió en el aire, produciendo un agudo silbido.

Girando lentamente sobre sus tacones, el pistolero se derrumbó. Billy no hizo ningún disparo más porque sabía ya que aquel hombre estaba muerto.

Se oyeron pasos.

Algunos vaqueros llegaban. El primero en aparecer fue Truman, el administrador del rancho.

—Señor Malcom… ¿Le ha ocurrido algo?

—No. La cosa no iba para mí.

—¿Qué ha sucedido?

—Querían matar a mi huésped.

—Diantre, ése parece el hombre de los conflictos…

—Lo soy —reconoció Billy, poniéndose poco a poco en pie—, pero les aseguro que no disfruto con ello.

Mientras los vaqueros se mantenían un poco a la expectativa, Truman pasó al otro lado de la cerca y miró el cadáver. Era fácil identificarlo a la luz de la luna. Murmuró:

—La verdad, no lo esperaba…

—¿Qué ocurre?

—¡El muy maldito…!

—¿Es que lo conoce? —preguntó Billy, empezando ya a impacientarse.

—Claro que lo conozco. Ha rondado algunas veces por aquí. Es uno de los hombres de…

Malcom gritó entonces:

—¡Calla!

—¿Qué ocurre, señor Malcom?

Truman se había vuelto, sorprendido.

—Tú no conoces a ese hombre.

—Pues…

—No lo habías visto nunca. Estás confundido.

—Pues… Pues… Bueno, es posible que en realidad no lo hubiera visto nunca, señor Malcom.

—Haz que los hombres se lo lleven y que lo entierren. No quiero líos, ¿entiendes? ¡Ningún lío!

—Sí, señor Malcom.

Truman hizo una seña a los vaqueros. Tres de éstos se acercaron y levantaron el cadáver, llevándoselo hacia un lado del rancho. Truman les siguió.

Cuando hubieron quedado solos otra vez, Billy se pasó la mano derecha por la cara, sacudiéndose el polvo que había quedado empotrado en una de sus mejillas.

—Un poco más y me liquida, señor Malcom. Puede decirse que ese caballo me ha salvado la vida.

—Sí.

—Pero hay algo que me extraña en su actitud. Supongo que no se ofenderá si se lo digo.

—No tengo por qué ofenderme. Además, ya imagino lo que es.

Billy señaló el sitio donde un minuto antes aún yacía el cadáver del pistolero.

—¿Por qué ha dicho que no lo conocía nadie? Usted sabía quién era. Y Truman, su administrador, también.

—Sí, es cierto.

—¿Entonces por qué esa comedia? Además no creo que haya convencido a nadie.

Malcom exhaló un suspiro, mientras se apoyaba pensativamente en la valla.

—No quería asustar a mis vaqueros —dijo—. No creo que ninguno de ellos haya reconocido a ese tipo. Y he de evitar por todos los medios posibles que se asusten.

—¿Un muerto iba a darles miedo?

—Usted habrá adivinado ya que siento ciertos temores —dijo Malcom, mirándole fijamente—. He dicho incluso que siempre me hace falta aquí un buen gatillo.

—Sí.

—¿Usted ha oído hablar de Clifford?

Billy no contestó en el primer momento. Hizo un gesto que no significaba nada. Prefirió esperar a que el otro continuase.

—Adivino que sí —dijo Malcom—. ¡Claro que ha oído hablar de él! Y sin duda lo debe estar persiguiendo. Los hombres a quienes mató cerca de Wichita trabajaban para Clifford.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cree que soy tonto? ¿Piensa que el ranchero más rico de la comarca no ha de estar informado de lo que pasa en torno suyo?

—Lo que dice es muy lógico, señor Malcom. En efecto, trabajaban para Clifford.

—¿Y usted le persigue?

—Reconozco que sí.

—¿Sabe quién es?

Billy se encogió de hombros.

—¿Cree que no me gustaría? Clifford es una especie de nombre de guerra, un nombre falso. He sabido que ni sus hombres de confianza conocen a ese bandido. Dirige los golpes a distancia, y cuando se trata de asesinar a alguien obtiene una fotografía de la víctima y la hace llegar a manos del que tiene que servir de verdugo.

Malcom se apartó unos pasos de la cerca, mientras le miraba pensativamente.

—¿Por qué le persigue usted, Billy? ¿Le ha hecho algún daño particularmente?

—Sí. Hizo asesinar a mi hermana. Los hombres que realizaron el trabajo ya están muertos, y ahora sólo falta él. Ahora sólo falta ese condenado de Clifford.

—¿Por qué hizo asesinar a su hermana? ¿Lo sabe?

—Parece que ella llegó a verle, llegó a saber quién era. Eso era

para Clifford un peligro que no podía correr. Mi hermana me avisó de que quería hablar conmigo. Cuando llegué, acababan de ahorcarla, colgándola de la lámpara de su propia habitación. Mi hermana sólo tenía diecisiete años.

Malcom asintió lentamente, mientras sus labios se contraían.

—Me acaba de decir que sus asesinos lo han pagado. Supongo que les daría una muerte divertida.

—Desgraciadamente hube de acabar con ellos demasiado rápidamente. Me hubiera gustado liquidarlos al estilo indio, haciendo de su muerte una pequeña obra de arte, pero no tuve tiempo. Puede que con Clifford me entretenga más.

—Si logra dar con él no tendré suficiente dinero con que pagarle —murmuró Malcom.

—¿Por qué? Lo que me ha dicho antes de no asustar a sus vaqueros, ¿está relacionado con Clifford?

—Claro que está relacionado con Clifford. Usted sabe que no desdeña ninguna clase de delito. Ha asaltado Bancos, pero también ranchos, llevándose todas las reses para venderlas en otro Estado, y desempotrando incluso las cajas de caudales que había en ellos. Ahora me amenaza a mí. Sus hombres me espían y me van acorralando poco a poco. Estoy seguro de que no tardarán en intentar el golpe.

—¿No puede pedir ayuda al *sheriff* de Wichita?

Malcom rió amargamente, mientras daba un puñetazo a uno de los troncos de la valla.

—El *sheriff* de Wichita… ¿Es que no conoce usted esta tierra, Billy?

—Sí, claro que la conozco. Y yo también hube de tomarme la justicia por mi mano.

—Entonces comprenderá por qué la Ley me sirve de tan poco aquí. He de confiar en mis propias fuerzas.

—En ese caso, ¿no sería mejor que advirtiera a sus hombres del peligro que les amenaza?

—La mitad se irían —dijo Malcom despectivamente—. No creo que a todos les gustase verse envueltos en una batalla con los hombres de Clifford. Es mejor no decir nada si no quiero quedarme prácticamente solo.

Billy sonrió. Y mostró el brazo izquierdo que llevaba en

cabestrillo.

—Si puedo serle útil me quedaré —dijo—, aunque ahora no puede decirse que esté en forma.

—Se curará pronto —dijo Malcom—. Y quedándose aquí tendrá una posibilidad de acabar con Clifford… si éste no acaba antes con usted. ¿Qué decide, Billy?

El joven sonrió, alzando ligeramente la mano derecha.

—Me quedo. Pero por el momento no confíe demasiado en mí, señor Malcom.

—No le encargaré de ninguna misión concreta. Sólo quiero que vaya oteando el ambiente. Y descanse… Sobre todo descanse hasta que ese brazo vuelva a responder. Creo que no le bastará con el derecho. Cuando la batalla comience va a ser necesario disparar a dos manos…

Billy miró el sitio donde poco antes había estado el cadáver.

Y pensó que la próxima víctima podía ser él. Que quizá no tardaría en convertirse también en un fiambre.

Lanzó un bostezo.

No sabía bien por qué, pero eso de pensar en los muertos siempre le daba sueño.

CAPÍTULO VIII

Durante dos días la vida en el rancho fue la más tranquila del mundo. No ocurría nada. Los vaqueros se dedicaban a sus tareas, que eran numerosas y bien organizadas. Billy se admiró de lo ricas que eran las tierras de pastos y de la cantidad de reses que había allí, la mayor parte de ellas para ser revendidas.

Porque muchos ganaderos que llegaban a Wichita con sus manadas se encontraban a veces con que el comprador había fallado por cualquier causa. Esa «causa» podía ser a veces una indigestión de plomo. Entonces, en la imposibilidad de volver con la manada, porque ésta adelgazaría hasta los huesos en el camino, la vendían a hombres como Malcom, que podían mantener el ganado tranquilamente hasta que se presentara una oportunidad de embarcarlo a buen precio. Naturalmente Malcom había hecho así pingües negocios. El hecho de que su hacienda estuviera tan cerca de Wichita y de la vía férrea, era un elemento más en riqueza, y de excepcional importancia.

Entre las reses las había con los hierros de todos los ranchos de varios estados. Traman, el administrador, las contaba a veces escrupulosamente, separando las de un hierro y las de otro. Así formaba grupos que luego volvían a mezclarse.

—Tengo que llevar un buen control —explicó a Billy— para las facturas de venta. No quiero que nos acusen de cuatreros. Por eso todos los que nos venden sus reses nos firman un documento en regla; que guardo con mucho cuidado. Y de vez en cuando pedimos voluntariamente una inspección del *sheriff*.

—Es una medida muy prudente. Así nadie recelará del señor Malcom. Yo también obraría del mismo modo.

Truman le llevó hasta los límites del rancho, en el margen norte

le mostró una casa abandonada que tenía aspecto de llevar años sin ser habitada por nadie.

—El viejo rancho —indicó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Antes el señor Malcom tenía su hacienda ahí. Todas las tierras que hay más abajo no eran suyas. Al progresar sus negocios, se trasladó a su casa actual.

—¿Y ésa la dejó abandonada?

—Sí.

—¿Por qué me la enseña?

—Porque tengo la sensación de que ahí se han reunido alguna vez los hombres de Clifford. Pueden utilizar la casa como base para asestarnos un golpe tras otro. Seguro que el de la otra noche había estado esperando ahí el momento más favorable.

—Entonces, ¿por qué no la destruyen? ¿No sería mejor incendiar esa casa de una vez?

—No —dijo Truman—, no es aconsejable. Puede servimos como trampa para cazar a Clifford. ¿Me entiende?

—Creo que sí.

—Caso de tener la seguridad de que ahí se reúne su banda, atacaremos la casa en un momento favorable. Al menos éste es el proyecto… —rió—. Pero lo malo es que hasta ahora no hemos dispuesto de hombres suficientes para una acción así.

Billy se miró el hombro izquierdo.

Le empezaba a doler menos, y ya hacía leves ejercicios para que no se le entumeciese.

—Pronto estaré bien —dijo—, y entonces tal vez haya llegado el momento de actuar. Pero antes es muy posible que me de una vuelta por esa solitaria casa…

Fue un día más tarde cuando Billy se sintió casi bien del todo. No podría hacer esfuerzos con el brazo izquierdo, pero al menos tampoco le molestaría si empleaba el derecho. Con el revólver bien cargado, tomó uno de los caballos de la cuadra y se dirigió hacia la casa que había sido la vieja sede del rancho.

No quería emplear su caballo blanco para no llamar tanto la atención por la noche. Pues, en efecto, las sombras ya se extendían sobre la tierra. Y cuando llegase a su destino, calculaba que sería noche cerrada.

Avanzaba poco a poco, montado en un caballo color gris que se confundía cada vez más con la oscuridad creciente.

Iba a llegar ya al límite del rancho, donde se encontraba la vieja casa.

De pronto le pareció que alguien más se acercaba por aquel sector. Detuvo su caballo, al abrigo de unos matorrales, y se mantuvo a la escucha.

En efecto, no tardó en oír el rumor de un caballo que avanzaba en aquella misma dirección. Poco después lo veía. El jinete en cuestión no trataba de ocultarse.

Los caballos debieron olerse recíprocamente. El recién llegado se alzó de remos. Su jinete notó algo anormal, porque enseguida llamó:

—¡Eh, Billy! ¿Está usted por ahí, Billy?

El joven espoleó suavemente su caballo y lo hizo aparecer.

Acababa de reconocer aquella voz. Era la de Bunker, uno de los mejores tiradores del rancho.

—¿Qué hay, Bunker?

—Caramba, ¿por qué diablos se ocultaba?

—No sabía que era usted.

—Precisamente le estaba buscando.

—¿Para qué?

—Me lo ha ordenado el señor Truman. Usted le dijo que cualquier noche se iba a acercar por aquí, ¿verdad?

—En efecto.

—Me ordenó que en ese caso le protegiera. Es una temeridad meterse sólo por estos andurriales sin conocerlos muy bien. E incluso conociéndolos…

—¿Cree que en la casa puede encontrarse alguno de los hombres de Clifford?

—Y usted también lo cree —dijo Bunker, riendo—. Si no, ¿habría venido hasta aquí?

—Eso es cierto —reconoció Billy.

—Pues vamos, pero con precaución. No sé qué pensará usted, pero a mí no me gustaría que me volaran la cabeza. Debe estar uno muy feo, con el cuerpo terminándole en el pescuezo…

—Celebro que me acompañe, Bunker, pero no se arriesgue si no es necesario.

—Descuide. Tengo la buena costumbre de pensar que me gustaría vivir hasta los noventa años.

Descabalgaron y avanzaron a pie hasta la casa. Bunker se movía con el silencio de un gato. Alcanzaron un punto situado a unas diez yardas del edificio.

No se oía nada.

Todo estaba envuelto ya por las sombras de la noche, y no habrían podido distinguir un hombre a una distancia de ocho pasos, a menos que fuese vestido de blanco, cosa que, naturalmente, no era de esperar.

Pero de pronto alguien pareció verles a ellos.

Se abrió la puerta de la casa.

La silueta de un hombre huyó rápidamente, tratando de perderse en las sombras. Billy lanzó una maldición.

Pero no disparó. Nunca disparaba contra un hombre que no le hubiese atacado antes.

Bunker, en cambio, lanzó una maldición más estentórea todavía.

Ahora eran dos sombras las que se divisaban. La segunda huía en otra dirección.

Y Billy hubiese jurado que se trataba de una mujer.

Bunker masculló:

—¡Gente de Clifford! ¡Malditos sean mil veces!

Era brutal y expeditivo en sus cosas. Billy ya lo había notado antes, en la vida normal del rancho. Por eso no le extrañó que su compañero apretase el gatillo dos veces.

Se oyó un gemido.

El hombre que había tratado de huir dio una especie de voltereta en el aire. La primera bala le había alcanzado, e inmediatamente le alcanzó también la segunda.

Bunker cambió la posición del rifle.

Apuntó ahora a la segunda sombra que huía, y de la que se veía apenas una leve mancha en la semioscuridad.

—¡No tire!

—¿Pero por qué?

—¡Podría tratarse de una mujer!

—¿Qué diablos? ¡Aquí no se puede estar seguro de nada!

Y fue a apretar el gatillo. Pero Billy se alzó sobre él, desviando el arma en el último segundo.

Se oyó un estampido. La bala arañó inútilmente el aire, mientras la segunda silueta desaparecía.

Bunker masculló:

—¿Pero por qué infiernos ha hecho eso? ¡Era gente de Clifford! ¡Había que disparar!

—Nos conviene cazar vivo a alguien, o de lo contrario nunca averiguaremos nada. Pero vamos. Quizá ese hombre no haya muerto todavía.

Sin embargo, Billy no se hacía ilusiones.

Y sus predicciones se confirmaron. Cuando llegaron junto al caído, vieron que éste era ya cadáver. De las dos balas que le habían alcanzado, una al menos era mortal. Bunker tenía una endiablada puntería.

Y fue Bunker el que se pasó una mano por la cara, en actitud dubitativa.

—Diablo —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Esto puede ser más importante de lo que parece.

—¿Conoce a ese hombre?

—Es el hijo del dueño del Rancho Morgan. Sería tremendo que los hombres de Clifford se refugiaran allí, y de vez en cuando utilizaran este viejo edificio para asestarnos golpes desde más cerca.

—Sí… —reconoció Billy—. Sería tremendo. Morgan es el ranchero más próximo, ¿no?

—Efectivamente.

—Pues en ese caso le doy la razón, Bunker. Lo que acaba de suceder es más importante de lo que parece.

—Ahora habría que perseguir al segundo fugitivo. Voy a intentarlo, infiernos.

—Déjelo, en la oscuridad sería inútil. Además, ya le he dicho que me pareció una mujer.

—¿Está seguro?

—No, no puedo estarlo. Pero mal asunto si en la banda de Clifford hay mujeres. Resultan peores que los hombres.

Morgan se rascó la nuca pensativamente.

—Hubiéramos salido ganando caso de dejarme disparar con tranquilidad —murmuró—, pero ahora ya es tarde para lamentarlo. En fin, transportaremos el cadáver. Es lo único que se puede hacer,

¿no?

Billy se rascó la nuca pensativamente.

Billy echó una ojeada al terreno, intentando escrutar a través de las tinieblas.

—Mañana, a la luz del día, daré una vuelta por aquí —dijo—. Seguro que hay huellas muy interesantes.

Ayudó a Bunker a llevar el cadáver hasta el sitio donde aguardaban los caballos.

CAPÍTULO IX

Como había prometido, Billy volvió a la mañana siguiente a la casa solitaria.

No le costó trabajo adivinar en qué sitio estuvo el cadáver la noche anterior por las ramitas tronchadas y por la mancha de sangre que la tierra no había acabado de absorber completamente.

Miró en torno suyo.

El silencio lo llenaba todo. No se distinguía a nadie en lo que la vista podía abarcar. Incluso se había detenido el susurro del viento.

Trepó hasta una pequeña colina que estaba a la izquierda y desde allí oteó el paisaje. Vio Rancho Morgan. Éste era, en efecto, el vecino más cercano de Malcom, puesto que se hallaba escasamente a tres millas de distancia. Como había dicho Bunker, no era extraño que los hombres de Clifford lo estuvieran utilizando como base para preparar su gran golpe. Porque de gran golpe podía calificarse lo que conseguirían si llegaban a apoderarse de las enormes riquezas que había en Rancho Morgan.

Tendría que averiguar algunas cosas allí. Ver el modo de acercarse al rancho de Morgan sin llamar demasiado la atención.

Luego abandonó la colina y se dirigió hacia un lugar que le interesaba particularmente.

Se trataba del sitio por donde le había parecido ver huir una silueta que quizá era la de una mujer.

Miró atentamente el suelo. Buscó las huellas que pudieran haber quedado marcadas allí.

Y no tardó en encontrarlas. Pudo ver que se trataba de las inconfundibles huellas dejadas por un zapato de mujer.

Por lo tanto no se había equivocado la noche anterior. Sus ojos no le engañaron.

¿Qué hacía una mujer allí? ¿Qué significaba?

Su caballo relinchó.

Todo el cuerpo de Billy sufrió un estremecimiento. Conocía muy bien las reacciones de su corcel, que en esta ocasión era el albino que siempre había montado. Aquel relincho significaba que acababa de intuir alguna presencia extraña.

Billy no lo pensó ni un segundo.

Dio una ágil voltereta, saliendo despedido por uno de los lados de la silla.

El disparo llegó desde el otro. Fue algo casi instantáneo.

La bala rozó el pomo de la silla y se perdió en el vacío. Billy, entre las patas del caballo, sacó su revólver.

Vio que sus enemigos eran dos. Apenas podía distinguir sus siluetas. Parapetados en un declive del terreno, habían estado a punto de cazarle como a una liebre.

El segundo rifle crepitó, pero el caballo de Billy, pese al miedo que debía sentir, se mantuvo quieto.

Sabía que era una especie de parapeto para su dueño. Y Billy hizo fuego con su revólver contra aquella de las dos figuras que le pareció más clara.

Se oyó un grito.

El revólver de Billy no perdonaba jamás. Vio alzarse a su enemigo, como si acabara de dar un cómico salto. El otro se agazapó, renunciando al disparo.

Billy cambió de posición, aprovechando que el otro no podía verle durante unos segundos. Preparó su revólver febrilmente.

Cuando el otro alzó la cabeza, tratando de ver, se encontró con la muerte. De pronto se dio cuenta de que Billy había cambiado de posición. De que lo tenía más cerca de lo que nunca llegó a imaginar.

Trató de desviar el cañón de su rifle, pero ya no pudo hacerlo. La bala le penetró entre las cejas.

Con un gruñido, cayó de bruces sobre la tierra. Billy, durante algunos minutos, no se movió, por si aún había algunos otros enemigos al acecho.

Pero el terreno parecía estar despejado. Se puso en pie con precauciones y avanzó hacia el declive del terreno donde estaban los dos muertos.

No los conocía.

Eran de esos tipos que pueden verse en cualquier ciudad del Oeste, merodeando en busca de su oportunidad. Gente alquilada para matar.

Billy buscó documentos en sus cuerpos, pero no encontró nada de importancia. Entonces se dirigió hacia la casa, que sólo había podido ver desde el exterior.

Por dentro estaba destartalada y ruinosa, pero Billy no se pudo fijar demasiado en los detalles.

Porque apenas había puesto el pie en el umbral distinguió en el interior a una mujer.

Aquella mujer era Nancy.

CAPÍTULO X

A Billy le pareció estar viviendo otra vez el momento en que ella le descubrió herido en el camino. El momento en que recobró las sensaciones y se encontró con la mirada de sus ojos.

Ahora Nancy le miraba también. Pero su mirada era indescifrable, extraña.

Un poco turbia.

Billy había visto aquella misma mirada en mujeres que sentían en su interior la quemazón del deseo, que notaba el pálpito de algo que no querían confesar.

—¿Qué haces aquí? —musitó Billy.

—Sabía que vendrías.

—¿Cómo?

—Bunker cometió quizá una indiscreción. Lo dijo en voz alta anoche, cuando trajisteis aquel muerto.

—¿Y sólo por eso has venido?

Ella no contestó. Dio una vuelta por la vacía estancia, dejando que él admirase su fina cintura y la línea rotunda de las caderas. Luego musitó:

—No sabía que iban a disparar contra ti. Te juro que no lo sabía.

—No sé si creerte.

—Debían estar muy bien ocultos. Al llegar hasta aquí no he visto nada.

—Es posible que no mientas. En efecto, estaban muy bien ocultos. Pero más que eso me importa preguntarte una cosa, Nancy.

—¿Qué quieres saber?

—¿Viniste aquí anoche? —inquirió directamente Billy.

—No… Te aseguro que no.

—¿Dónde estabas?

—Con mi marido. Recuerda que me encontrasteis en el rancho al volver Bunker y tú.

Sí, Billy lo recordaba… Nancy estaba allí. También estaba allí Ethel, la secretaria de Malcom. La que habían visto huir no podía ser ninguna de las dos mujeres. Además, las huellas de los zapatos femeninos se dirigían inequívocamente hacia el cercano Rancho Morgan.

La miró fijamente.

—¿Qué has venido, entonces, a hacer aquí, Nancy?

—Es posible que compremos este rancho. Le hemos hecho una oferta a Malcom. Ya sabes que John y él son amigos.

—Sí.

—No nos ha contestado aún. Es imposible decir si Malcom tiene interés en vender o no, aunque parece algo asustado por lo que pasa. Yo quería ir mirándolo todo, por si nos quedamos con la hacienda.

—John debe ser muy rico, ¿verdad?

—Lo es.

Se apoyó en una de las paredes y dijo lentamente, dejando caer las palabras una a una:

—Pero hay momentos en que eso tiene muy poca importancia para una mujer.

Billy no contestó.

Captaba la respiración de la hembra. Captaba aquella respiración alterada, ardiente.

—Billy…

—Vosotros me salvasteis la vida —dijo él suavemente.

—¿Y qué?

—No es así como se paga un favor. No es bien nacido el que besa a la mujer de otro.

Ella apretó los puños con fuerza. Se oyó incluso el rechinar de sus nudillos.

—Billy, yo nunca he sido feliz. Y sé que no lo seré.

—El dinero también tiene sus desventajas —murmuró él—. Debes aceptar las cosas ahora tal como las aceptaste al decir que «sí» en la ceremonia de la boda.

—Billy, es que…

—¿Qué?

—Malcom me persigue desde que llegué aquí. Le gusto. ¿Por qué crees que nos invitó?

—¿Te conocía?

—Sí, cuando yo era una cualquiera. Porque yo he sido una cualquiera, ¿sabes?

Lo dijo con un desparpajo que dejó helado a Billy.

—Vaya… —susurró—. En ese caso lamento que ahora seas una mujer respetable. Es un decir… Pero quiero tratarte como a tal. Como a una mujer digna, que es lo que eres ahora.

Nancy dijo con voz pastosa:

—Me gustaría que… no tuvieras tantas consideraciones. Nunca caeré en brazos de Malcom, que al fin y al cabo es como John. Pero tú… eres distinto.

Billy murmuró apenas:

—Vámonos de aquí, Nancy.

En aquel momento oyeron el trote de algunos caballos que se aproximaban. Billy se asomó a una de las ventanas sin cristales mientras extraía su revólver.

Pero no había motivo de alarma. Los que se acercaban eran John y Malcom, acompañados de algunos vaqueros.

Billy casi sintió alivio.

—Vete enseguida, Nancy, antes de que te vean —le murmuró—. Quizá no podrías justificar tu presencia aquí. Y recuerda, que nunca haré nada que pueda ofender a John.

Nancy dijo por entre sus dientes apretados:

—Idiota…

Pero desapareció.

Billy había estado haciendo demasiadas cosas para ser un hombre herido. Poco después de su regreso al rancho, el médico volvió para echarle un vistazo y le exigió que no se moviera al menos en un día. Y que lo mejor que podía hacer era estarse en el porche, viendo pasar las horas, mientras fumaba una pipa.

Eso era lo que estaba haciendo Billy ahora.

Lo único que le faltaba era la pipa.

Sentado en una zona de sombra, contemplaba el rielar de las estrellas en el firmamento, mientras trataba de obtener alguna conclusión de los últimos sucesos.

Pero no acaba de ver las cosas con claridad.

Evidentemente él estaba aquí porque sabía que por las cercanías merodeaban los hombres de Clifford. Y le convenía más tener un sitio estable que ir dando vueltas como antes, buscando una pista que al fin creía haber encontrado.

Por lo demás, no veía nada claro.

Según el *sheriff* —que había venido aquella mañana, poco después de los sucesos— los dos pistoleros muertos eran desconocidos en la comarca. Gente alquilada, como él mismo imaginó al principio.

¿Habrían venido de Rancho Morgan?

Todo parecía indicar que sí. Además, había un detalle tremendamente extraño.

El heredero de Morgan había sido muerto la noche anterior por una bala de rifle de Bunker. El cadáver fue sepultado sin demasiadas ceremonias y sin dar parte a nadie, para evitar una guerra entre ranchos. De modo que Morgan no sabía quién era el que había buscado a su hijo.

Pero…, ¡tampoco lo había buscado! ¡Tampoco se había preocupado en absoluto en su ausencia! ¡No había hecho ninguna indagación para descubrir su paradero! ¿Significaba eso que Morgan no era ya dueño de sus actos? ¿Que quizá alguien lo impedía salir incluso en busca de su hijo?

Era muy posible.

Demasiados datos apuntaban a Rancho Morgan, y Billy se propuso darse una vuelta por allí a la mañana siguiente, o quizá al anochecer. Mientras tanto, seguiría por una vez el mandato del médico, y descansaría tranquilo.

Eso era lo que estaba haciendo cuando escuchó aquellas voces en la oscuridad.

Las reconoció.

Eran las de Nancy y Malcom.

Los dos hablaban creyendo que no les oía nadie. Y por el tono de la conversación, el joven dedujo que Nancy no le había engañado en cuanto al detalle de que Malcom la perseguía.

Ahora estaba susurrando:

—No, Malcom… Es imposible. Y por última vez te pido que no insistas y me dejes en paz.

—Antes no hacías tantos cumplidos para una cosa así.

—Aquella época ya pasó. Ahora soy una mujer respetable. Además…

—¿Además, qué?

—Deberías recordar de vez en cuando que John es tu amigo.

—No es mi amigo el que me arrebata a la mujer que yo quiero —dijo tensamente Malcom.

—Tú no me quieres. Solamente te gusto, como en otro tiempo. Pero aunque me quisieras, John no tiene ninguna culpa. No te ha arrebatado nada. Ni siquiera sospecha que nos conocemos.

Malcom debió intentar algo, porque enseguida ella añadió con voz irritada:

—¡Déjame!

—Pagarás este desprecio, Nancy.

—Tonterías… Nos iremos mañana.

—No podrás.

—¿Por qué no?

—He hecho que John se interese por mi rancho al hablarle de vendérselo. Por descontado que no tengo la menor intención de hacerlo. Pero mientras tanto los dos estáis aquí. Y vais a estar todavía un par de semanas como mínimo.

La voz de Nancy murmuró:

—Bueno, en el fondo eso tampoco me molesta.

—¿Por qué?

—Quizá yo también tenga interés en quedarme.

—¿Otro hombre?

La voz de Malcom había sonado alterada, ronca.

—¿Quién es? —masculló—. ¡Si hay otro hombre quiero saberlo inmediatamente!

—Pues empieza a adivinar. Y ahora adiós, querido. Que tengas felices sueños.

Los pasos de la mujer se alejaron.

Billy pensó que Malcom se estaría dando a todos los demonios, porque nada duele tanto a un hombre como el que le dejen plantado así, y encima con la espina de la duda clavada.

Seguro que Nancy esperaba por él. Nancy estaba dispuesta a volver a ser quien fue, pero siempre que el hombre le gustase mucho. Y Billy se dijo que no la ayudaría en aquel camino. Nancy tenía que convencerse de que su vida había cambiado, de que ya no

podía permitirse el lujo de equivocarse otra vez.

Respiró profundamente.

Tendría que hablar con Nancy. Él no era un puritano precisamente. No, no lo había sido nunca, pero le dolía ver equivocarse a una mujer, y más cuando en parte a ella le debía la vida.

Claro que había otra cosa más urgente que hacer.

Ir a Rancho Morgan…

CAPÍTULO XI

Lo hizo a la mañana siguiente, pero dando un rodeo. No quería que, si alguien le veía llegar, se diese cuenta de que procedía del rancho de Malcom. Por eso fue primero a Wichita.

Allí se entretuvo un rato en el saloon, tratando de captar los comentarios que se producían entre los clientes. Sentado a una mesa que estaba tras una columna, y en la que resultaba difícil verle, intentó averiguar qué ambiente reinaba en la ciudad.

La gente hablaba de las transacciones ganaderas, cosa muy lógica en Wichita, ciudad que en parte dependía de las manadas. Pero uno de los hombres barajados le hizo prestar inmediata atención.

—Hola, Morgan.

—¿Qué tal, Phil?

Billy desvió un momento la cabeza, mirando desde la columna al hombre llamado Morgan.

Era un ranchero alto y robusto, que debía tener unos cincuenta años, aparentando aún, sin embargo, todo el vigor de un muchacho.

Hablaba junto a la barra con otro tipo similar, que debía ser el llamado Phil.

Billy entrecerró los ojos.

El hecho de que Morgan estuviera allí indicaba que vivía y que no tenía cortada su libertad de movimientos. Entonces, ¿cómo no se había preocupado en absoluto de averiguar el paradero de su hijo? Tampoco llevaba detalle alguno de luto. Eso sólo podía significar una cosa:

¡Morgan no sabía que su hijo estaba muerto!

¿Cómo era posible?

Pero Billy dejó de pensar en aquello para seguir oyendo la

conversación.

Phil preguntaba:

—¿Has venido por lo del ganado?

—Sí. Creo que las reses estarán aquí dentro de un par de horas —contestó Morgan pensativamente—. He ido ya al Banco para que tengan preparado el dinero. Pagaré al contado.

—Haces una buena operación.

—Desde luego, no es mala.

—Si yo tuviera dinero al contado también pagaría esas reses —murmuró Phil—, pero todavía soy un ranchero pequeño que ha de ir avanzando poco a poco. En fin, el año que viene las cosas marcharán mejor.

—Si quieres hacer alguna compra, yo puedo adelantarte dinero —ofreció Morgan.

—No, no… Gracias, pero prefiero trabajar con mis propios medios. No me gusta deber dinero.

—Eso está bien, Phil. A mí tampoco me gustó nunca. Pero si tienes un apuro cuenta conmigo.

Morgan terminó su *whisky*, dio un suave golpe en la espalda del otro y salió a la calle.

Billy decidió seguirle.

Quería hablar con él y preguntarle por su hijo. Quería averiguar unas cuantas cosas referentes a Rancho Morgan.

Anduvo unos pasos tras él.

El viejo Morgan se dirigía inequívocamente hacia los apartaderos situados en las afueras de la población, y donde eran concentradas las reses recién llegadas, hasta que se las dirigía al ferrocarril o el nuevo comprador se hacía cargo de ellas.

Billy iba a unos ocho pasos.

No tenía una prisa especial por hablar con él. Esperaría que se detuviera en algún sitio.

De pronto sucedieron cosas.

Todo fue tan rápido, tan violento, que Billy no pudo preverlo.

Un hombre apareció de repente frente al ranchero, a unos ocho pasos de distancia.

Sin una palabra, sin que hubiera la menor provocación, sacó el revólver y disparó fríamente contra Morgan.

Éste, sin embargo, le había visto a tiempo. Consiguió ladearse

unas pulgadas, evitando que la bala le atravesara el centro del corazón.

Sólo fue alcanzado en el costado derecho, y el impacto le hizo bambolearse, resbalando del porche hasta la calle.

Fue a sacar el revólver, en un intento desesperado por salvar su vida, pero en ese momento intervino un segundo enemigo.

El disparo partió ahora de una de las azoteas. El hombre que estaba en el tejado de un granero abrió fuego con su rifle. Ahora Morgan recibió el balazo de lleno y quedó inmóvil en la calle, mientras bajo su cuerpo se extendía una mancha de sangre.

Billy había quedado paralizado durante los primeros instantes.

No entendía el porqué de aquel asesinato, y eso le hizo vacilar. Pero inmediatamente reaccionó.

Su revólver brotó a la luz. Podía mover perfectamente la mano derecha, y la herida del hombro izquierdo le molestó muy poco. Su rapidez fue la de siempre.

El primero en comprobarlo fue el pistolero que aún se hallaba en el porche. Éste se encontró de pronto frente a Billy. Y aunque ya tenía el revólver en la mano, no fue tan rápido como él.

Sonó un solo disparo.

El asesino lanzó un ronquido y cayó hacia atrás, soltando su arma. Billy lo remató de un nuevo disparo que le atravesó la sien.

Pero había descuidado a su segundo enemigo, y ese descuido estuvo a punto de serle fatal.

El rifle retumbó en las alturas. La bala se llevó parte de una de las alas del sombrero de Billy.

Éste se lanzó a tierra, mientras cambiaba la dirección de tiro.

Aquella voz remota se había puesto a gritar de nuevo en su interior:

«¡A muerte, Billy!».

El del rifle disparó dos veces más. Aunque estaba en mejor posición, debió sentirse nervioso al verse solo, y falló. Luego optó por retirarse, deslizándose hacia la otra vertiente del tejado.

Billy cruzó la calle.

No estaba dispuesto a dejarle escapar. Aunque, a ser posible, quería cazarle vivo, para que le dijera por qué razón habían asesinado a Morgan.

Llegó junto al edificio en cuyo tejado estaba el asesino. Se pegó

a la pared.

Le dispararon con el rifle, desde arriba, pero ya con mal ángulo de tiro. La bala salió muy desviada, y el enemigo volvió a ocultarse.

Billy empezó a trepar por la pared, con el revólver entre los dientes. La superficie era irregular y le permitía apoyar pies y manos. Claro que si su enemigo asomaba en aquel momento por el borde superior, él estaría perdido, porque no podría emplear el «Colt» a tiempo.

Pero confiaba en que el otro no le oyera subir. Se lo jugaba todo a esa carta.

Llegó hasta el alero del tejado.

Docenas de personas, abajo, lo miraban todo en medio de un expectante silencio.

Billy se colgó con la izquierda, empuñó el revólver con la derecha y se asomó.

Su enemigo iba a descender por el otro lado. Le vio y tiró rápidamente, aunque la pesadez del rifle hizo que su movimiento no fuera demasiado rápido.

Lo que quedaba del sombrero de Billy voló por los aires al recibir el impacto de la bala. El joven sintió que el plomo le quemaba materialmente la cabeza. Se dio cuenta de que pocas veces había estado tan a punto de morir.

¡Todo acababa de depender de unas décimas de pulgada!

No le quedó más remedio que tirar a su vez. Si esperaba a que su enemigo disparase de nuevo, estaba perdido. Aquello se había convertido en una lucha a muerte.

Sonó un estampido. El hombre que estaba al otro extremo del tejado lanzó un gruñido gutural.

Cayó hacia la calle, mientras se oía en ésta un unánime grito.

Billy volvió a sujetar el revólver con los dientes y descendió a toda prisa. El cañón quemaba.

Una vez en la calle miró el cuerpo del caído. No le recordó a ninguna persona conocida.

No vio tampoco aparecer al *sheriff*. Éste debía encontrarse fuera de la ciudad.

El círculo de mudos espectadores se hizo más espeso. Billy vio entre ellos al médico.

—¿Conoce a este hombre?

—No, no le había visto nunca.

—¿Y al otro muerto?

—Tampoco.

—¿Alguien los había visto antes por la ciudad?

La pregunta iba dirigida, en general, a los que estaban en el grupo de espectadores. Nadie contestó.

—Aquí viene mucha gente —dijo al fin el médico—. Wichita es una ciudad de paso, y resulta imposible recordar a todo el mundo. Pero tengo la sensación de que esos dos tipos no habían sido vistos nunca por aquí.

—Entonces tampoco debían conocer a Morgan —dijo Billy, pensando en voz alta—. ¿Por qué han podido matarle?

—Ocurren cosas en Wichita que usted nunca entenderá —dijo uno de los que estaban frente al joven—. Ni usted ni nosotros. Pero más vale que se olvide de estos tipos, puesto que ya no pueden hacer ningún daño.

Billy se encogió de hombros.

Eran unas palabras razonables.

De modo que abandonó la proximidad de aquellos muertos y se dirigió al lugar donde yacía Morgan, rodeado por otro grupo, no tan numerosos, de personas.

Todos miraban el cadáver como hipnotizados. Y nadie parecía entender tampoco por qué el ranchero acababa de morir.

Billy susurró:

—Yo conocía poco a Morgan, pero ¿alguno de ustedes sabe si tenía enemigos?

Fue un vejete quien contestó, tras rascarse pensativamente la barba llena de polvo.

—No, Morgan no tenía ningún enemigo —masculló—. ¡Por los cuernos de Belcebú, resultaba imposible ser enemigo suyo! Morgan era un hombre justo, uno de los pocos hombres justos que quedaban en Wichita. No bebía, no jugaba, no perseguía a las mujeres. Si algún hombre honrado le pidió dinero, él se lo prestó sin interés. ¿Usted sabe cómo era esta tierra hace sólo unos años?

—No —dijo suavemente Billy.

—Éramos pocos rancheros, y todos estábamos muy unidos —murmuró el vejete—. Como una gran familia, ¿sabe? Nadie engañaba a nadie, y lo que era de uno todos lo respetaban. Luego

esto se convirtió en tierra de paso para los grandes y se estropeó todo, pero Morgan seguía viviendo con arreglo a las viejas leyes. No es posible que le mataran por odio. Le juro que no tenía enemigos.

Billy se pasó una mano por la cabeza, que ya no estaba cubierta por el sombrero.

—Entonces pueden haberle matado porque alguien lo ordenó así.

—Es posible.

—¿Pero por qué motivo?

—Eso es algo que ninguno de nosotros le puede contestar, amigo mío.

Billy hizo un gesto de asentimiento.

Tomó el cadáver en sus brazos, levantándolo sin esfuerzo, y preguntó:

—¿No hay por aquí ningún hombre de su rancho?

—No, parece que Morgan había venido solo.

—En ese caso le llevaré a la funeraria. Allí empezarán a prepararlo todo.

Le indicaron dónde estaba el poco divertido establecimiento. El joven se dirigió hacia allí, entró y depositó el cuerpo sobre una mesa que había en la parte trasera del local. Un hombre que ajustaba la tapa de un ataúd le miró de soslayo.

—Diablos, nunca creía que Morgan llegara a venir aquí de ese modo… Era uno de esos hombres que no se metían en los líos jamás.

—Quisiera que empezasen a prepararle un ataúd de primera —murmuró Billy—. Yo cuidaré de avisar a sus parientes.

—Vaya tranquilo. Empezaré a tomar medidas y luego iré a avisar al patrón.

Billy salió.

Después de lo sucedido empezaba a necesitar un trago. Fue al saloon más cercano y pidió una botella de *whisky*. Vació una buena cantidad antes de empezar a ordenar un poco sus pensamientos.

Decidió ir al Rancho Morgan, pero antes tenía que pasar por la funeraria otra vez. Debía recomendar que, sobre todo, no perdiese ninguno de los documentos que Morgan debía llevar encima.

Entró en el local.

No se oía nada. Ni el martillear de los clavos en algún ataúd.

Parecía haberse marchado todo el mundo.

Billy se detuvo silenciosamente en el umbral de la puerta que daba acceso a la parte posterior del establecimiento.

Vio que el hombre con quien habló antes se había marchado, quizá para buscar a su patrón. Pero en su lugar había otra persona que miraba silenciosamente el cadáver de Morgan.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Era una muchacha.

Billy tenía una excelente memoria, y sobre todo, poseía la facultad de recordar a las personas por pequeños detalles, por cosas al parecer sin importancia, por simples gestos a veces.

Sólo al ver a aquella chica, pensó en algo sucedido la noche anterior, en los límites del rancho de Malcom.

Le recordó aquella silueta que había visto fugazmente mientras huía, aquella silueta que pudo evitar fuese abatida por Bunker de un balazo.

Hizo un leve sonido con sus pies.

Ella se volvió bruscamente.

Era una preciosa muchacha de unos diecinueve años. Una de las muchachas más bonitas, más perfectas que Billy recordaba haber visto.

Tenía los ojos nublados. Las lágrimas parecían haber quemado sus mejillas.

Con un soplo de voz musitó:

—¿Quién es usted?

—He intentado salvar a su padre, pero mis esfuerzos han resultado inútiles —musitó Billy.

—¿Cómo sabe que era mi padre? Usted no ha estado jamás en Rancho Morgan.

—La deducción no es difícil —murmuró él.

La muchacha guardó silencio. Podría ser incapaz de hablar. Un sollozo contenido pugnaba por surgir de su garganta.

Billy apretó los labios.

—Celebro que anoche no la mataran —dijo.

Ella se volvió de repente. Sus manos temblaron.

—¿Qué… qué dice?

—Me gustaría saber por qué fue a aquella casa abandonada, señorita Morgan.

—¿Cómo sabe eso?
—Supongamos que yo estuviera cerca. Aunque puedo asegurarle que no fui yo quien disparó.
Ella se llevó una mano a los ojos, mientras decía sin fuerzas:
—¡Dios mío…!
—Un hombre murió —dijo lentamente Billy—. Le aseguro que lo siento. ¿Pero quién era?
—Mi hermano.
—Debí imaginarlo. ¿Pero por qué se reunieron en un sitio así, fuera de los límites del rancho?
Ella dijo con voz temblorosa:
—Quizá le hayan hablado de que mi padre era un hombre algo chapado a la antigua. Quería mantener unos principios que ahora, desgraciadamente, están siendo olvidados. Para él el honor seguía siendo una cosa fundamental.
—Sí, me han hablado de eso.
—Mi hermano Alex no llevaba una vida…, digamos muy ejemplar. Mujeres, deudas de juego y todo eso. Engañó a bastantes vecinos de Wichita. Mi padre aguantó y fue tapando agujeros hasta que se cansó de todo. Entonces expulsó a Alex de casa.
—Pero usted seguía viéndole en secreto.
—Sí… Naturalmente que sí. Yo no podía olvidar que era mi hermano. Si mi padre llega a verle en los límites del rancho hubiera sido capaz de pegarle un tiro, y por eso nos reuníamos a veces en las cercanías. Aquella casa abandonada era el sitio ideal, porque yo no necesitaba apartarme apenas del rancho. Procuraba llevar a Alex algo de dinero.
—¿Por qué huyeron anoche? ¿Qué temían?
Ella contuvo un sollozo, y haciendo un esfuerzo continuó:
—Pensábamos que era Malcom, y que él diría a mi padre que nos había visto juntos a Alex y a mí. Por eso decidimos huir. Lo que nunca imaginamos fue que… ocurriera aquello.
—Por eso Morgan no sabía que su hijo había muerto —reflexionó Billy.
—No, no lo sabía.
—Crea que lo siento… —susurró él—. Lo siento de verdad. Me gustaría ayudarla.
—Nadie puede ayudarme ahora. Déjeme.

Billy respetó el dolor de la muchacha. Hizo un gesto de asentimiento y fue a salir.

Antes de trasponer el umbral, musitó:

—Si me necesita, puede encontrarme en el rancho de Malcom. Me llamo Billy.

—Yo me llamo Liz.

Billy gruñó algo ininteligible, algo que quería decir que sentía mucho todo aquello.

Y salió.

En la calle había mucho movimiento, pero éste no era causado solamente por el reciente tiroteo, del que nadie parecía acordarse ya. No. Lo que se discutía ahora era algo más actual.

Un ganadero cubierto de polvo, acompañado de dos vaqueros más jóvenes, que iban cubiertos de polvo también, discutían con alguien que tenía aspecto de ser el juez.

—Esto es un desastre para mí —decía—. ¿Pero se da cuenta? Yo he recorrido quinientas millas con las reses sólo porque Morgan me las iba a comprar, y además al contado. Morgan era un hombre formal, de los que siempre cumplen. ¿Pero qué hago ahora?

El juez se encogió de hombros.

—No puedo hacer nada. Morgan ha muerto.

—¿Y su heredero?

—El heredero es su hijo Alex, con el cual no se hablaba, pero al que no había desheredado aún. Si lo encontrara, él cumpliría el compromiso. Pero nadie sabe dónde para Alex. Nadie, desde hace mucho tiempo.

El ganadero dio un puñetazo al aire, con desesperación.

—¿Y nadie puede hacerse cargo de las reses? ¡Infiernos, ahora ya están aquí!

—Morgan tenía una hija —explicó el juez—, pero no dispondrá de dinero para pagarle. El viejo Morgan lo guardaba todo en el Banco, y Liz no podrá retirar ni un dólar. Tendrá que esperar usted a que se resuelva lo de la herencia. Cuestión de un par de semanas.

—¡Un par de semanas! ¿Está usted loco? ¡Catorce o quince días pagando el cercado que ocuparán mis reses, o dando vueltas por ahí, por los pastos, exponiéndome a que me las roben y pagando doble jornal a los vaqueros que he contratado para el viaje! No, eso es imposible. Yo no soy un ganadero rico, compréndalo. Si vuelvo

con las reses a mi rancho, perderán por el camino el poco peso que les queda. Los pastos empiezan a estar secos. ¡Maldita sea! ¡Pasarme esto a mí! ¡Precisamente a mí…!

—Lo único que puedo aconsejarle es que venda entonces a otro posible comprador —dijo el juez—. Siempre habrá alguien que quiera esas reses, aunque pagando bastante menos de lo que hubiera pagado Morgan.

—Las vendería aunque perdiese algo de dinero —le murmuró el hombre—. Las daría por la mitad de lo que valen. Siempre es mejor eso que perderlo todo.

A Billy le dio lástima aquel hombre.

Había cabalgado durante semanas con el fruto de su trabajo de todo el año y ahora tendría que regalarlo o poco menos. La vida de los ganaderos pequeños no era fácil en la comarca. Sólo faltaba que, encima, les pasaran aquellas cosas.

Antes de alejarse se fijó por pura curiosidad en la marca de su caballo, que debía ser la de su rancho, y por tanto la que llevarían todas las reses.

Era un rectángulo en el que había una cruz de dos brazos. Billy lamentó no ser un ganadero rico para poder ayudarle.

Luego se alejó.

No demasiado, por supuesto.

Alguien parecía tener deseos de que él se quedara en Wichita.

Para siempre.

CAPÍTULO XII

Los dos hombres que le habían estado observando desde la posta de diligencias, hicieron un mismo gesto como si fueran hermanos siameses. Luego se separaron y uno marchó hacia la derecha, mientras otro lo hacía a la izquierda.

Este último, el que iba a la izquierda, tenía que cruzarse con Billy. Y parecía no tener el menor interés en evitarlo; todo lo contrario, buscaba tropezar con él.

El otro, el de la derecha, iba a quedar a su espalda.

Billy caminaba ensimismado en sus propios pensamientos y no se daba cuenta de nada. Por esta vez su instinto para advertir el peligro estaba fallando. Sencillamente se dirigía hacia el lugar donde había dejado su caballo, con ánimo de volver al rancho de Malcom.

Apenas vio aquella silueta borrosa de un hombre que se había detenido delante suyo, a unos ocho pasos.

Éste sólo tenía que llamar su atención. El balazo mortal lo enviaría el otro, el que quedaba a su espalda.

Billy apenas advirtió el movimiento lento, calmoso, de la mano de aquel hombre.

—Usted ha matado a uno de mis amigos —dijo su voz.

Billy se detuvo, mirando a aquel individuo.

No le conocía.

Con la cabeza ligeramente ladeada, preguntó:

—¿Uno de sus amigos?

—Sí. Estaba en un tejado.

—En los tejados sólo suelen estar los pajarracos de mal agüero, como por ejemplo los buitres.

—Entonces confiesa haberle matado…

—No parecía quedarme otra solución. Y yo diría que usted quiere seguir el mismo camino…

—¡Perro condenado! ¡Defiéndase!

Billy se dio cuenta de que su enemigo no era demasiado experto. La posición de sus manos y del resto era incorrecta. Debía tratarse, por decirlo de algún modo, de un pistolero de segunda.

Era extraño que le desafiara así, cara a cara.

Era extraño a menos que…

De pronto por el cerebro de Billy pareció pasar un chispazo de luz. Se volvió bruscamente, mientras «sacaba» y se dejaba caer al suelo.

El hombre que estaba tras él disparó en aquel momento.

La bala salió alta.

Billy, desde el suelo, apretó el gatillo dos veces. El que iba a rematarle por la espalda lanzó un grito y cayó, soltando el revólver, que trazó una parábola en él aire.

El otro, el primer enemigo, había quedado mientras tanto a espaldas de Billy.

Corrió hacia él, con el revólver preparado. Iba a poder rematarle a dos pasos de distancia. Su boca se distendía en una mueca de odio.

Billy no podría evitar el disparo. En aquel momento se estaba volviendo ya, pero llegaría tarde.

Una muchacha salía del establecimiento de pompas fúnebres. Lanzó un grito al ver aquello.

Su mano derecha se movió con enorme rapidez. La silla que estaba ante la puerta del establecimiento voló por los aires.

Fue a caer precisamente a los pies del pistolero, y cuando éste se disponía a apretar el gatillo. Dio un traspiés, lanzó una maldición y la bala sólo rozó a Billy.

Este dispuso de un par de preciosos segundos para rectificar su postura. El que tiró a continuación fue él.

Su enemigo dio un nuevo traspiés, pero éste en sentido contrario. Cayó pesadamente de espaldas.

El revólver resbaló de entre sus dedos.

Una mueca de dolor se dibujó en su rostro antes de que girara sobre sus tacones y empotrara la cara en el polvo. Así quedó, con la espantosa rigidez de la muerte.

Liz descendió del porche y corrió hacia Billy.

—¿Le ha alcanzado? ¿Está herido?

—Lo que debería estar es muerto —dijo él, sacudiéndose el polvo—. De no ser por usted… Aún no sé cómo ha tenido la puntería, para lanzar la silla justo a sus pies.

—Tengo costumbre. Mi madre me enseñaba a lanzar sillas y otras cosas aún más contundentes —explicó Liz.

—¿Para qué?

—Para cuando me casara.

Billy sintió que le temblaba la mandíbula.

—Diantre, pobre marido…

—Aún no lo tengo.

—Y si alguien ve sus «habilidades» tampoco lo tendrá, preciosa. En fin supongo que no conocerá a esos tipos.

—No.

—En Wichita nadie conoce a nadie. Es curioso. ¿Es que esto se ha llenado de pistoleros fantasmas?

Un hombre que había llegado corriendo miró a los dos caídos.

—Son pistoleros profesionales. Los había visto antes por aquí.

—Eso significa que alguien los ha alquilado…

—Exactamente.

Billy arqueó una ceja.

—Será mejor que me largue antes de que me hagan pagar los dos entierros, ¿no?

—No se preocupe. El dar sepultura a los desconocidos corre por cuenta de la ciudad.

—Pues no creo que les sobre demasiado dinero al cabo del año… En fin, ¿puedo pagarle de algún modo lo que ha hecho, señorita Liz? Creo que le debo la vida.

—Sólo puede hacer una cosa.

—Pídame lo que sea y lo haré. Estoy dispuesto a todo, menos a servir de blanco para uno de sus silletazos.

—Vengue a mi padre y a mi hermano —murmuró ella con un soplo de voz.

—Su padre ha sido vengado, Liz. Los hombres que lo mataron están muertos a su vez.

—Pero alguien les pagó.

—Eso es cierto, y le prometo que haré lo imposible por dar con

él. En cuanto a su hermano…

Vaciló. Ella notó su turbación.

—En cuanto a mi hermano, ¿qué?

—Sé quién lo mató.

—¡Su nombre! ¡Quiero su nombre! —gritó Liz—. ¡No descansaré hasta que lo extermine yo misma!

—El que lo mató no sabía quién era. Le ruego que lo comprenda. Creyó que se trataba de uno de los hombres de Clifford.

—¡Pero quiero saber quién es! ¡Su nombre! —exigió ella.

—No sería justo que se lo diese —dijo Billy—. Compréndalo. Debe hacerse cargo de las circunstancias.

Volvió la espalda y se encaminó hacia el lugar en donde aguardaba su caballo. Esta vez ya nadie disparó sobre él.

Al parecer ya no había más «desconocidos» en Wichita…

CAPÍTULO XIII

—¡Déjame! ¡Te he dicho que me dejes!

Nancy movió la mano derecha con furia. No alcanzó la mejilla de Malcom por poco.

—¡No insistas, Malcom! ¡Te dije ya que no volvería a ser la que fui!

—Sigues siendo una maldita zorra —dijo él rencorosamente.

—Puede, pero no contigo.

—Entonces hay otro hombre…

—Piensa lo que quieras.

Nancy dio desdeñosamente media vuelta y se alejó del granero, donde él la había sorprendido en la soledad. Vio a John, su marido, que enganchaba dos caballos a un carruaje ligero, ayudado por un peón del rancho.

John les hizo una alegre seña.

—¿De dónde venís?

—Enseñaba todo esto a Nancy —mascullό Malcom, mientras trataba de disimular las chispitas de furia que habían aparecido en sus ojos.

—Te molestas mucho. No sé cómo podré agradecértelo.

Nancy le miró de soslayo, mientras decía con un soplo de voz:

—Eres inocente como un cordero. A veces pareces idiota.

Él no la oyó bien.

—¿Qué dices?

—Nada… No decía nada.

John se encogió de hombros.

—¡Tienes a veces cosas tan raras, Nancy! Mira, estaba enganchando los caballos para dar un paseo.

—Te acompañaré.

—Pensaba pedírtelo. Quiero ver el extremo sur del rancho que nos va a vender Malcom.

—¿De veras crees que va a vender?

—Bueno… Puede que lleguemos a un acuerdo, ¿no, Malcom?

El ranchero movió la cabeza dos veces, pensativamente, afirmando:

—Sí. Un acuerdo.

—¿Quieres acompañarnos tú, Malcom?

—No. ¿Para qué?

—Entonces vamos, Nancy. ¿Es peligrosa la zona sur?

—Hay un par de despeñaderos. Pero te bastará con no excitar a los caballos, que son demasiado nerviosos. Si no se desbocan, todo irá bien.

—¿Y por qué iban a desbocarse? ¿Crees que no sé dominar un par de potrillos como ésos?

—Claro que sabes. Yo sólo te lo decía para que tuvieras más cuidado.

John rió. Ayudó a subir al pescante a la nerviosa Nancy, sin advertir que ésta estaba tensa.

Momento después, se alejaron.

Malcom encajó bien las mandíbulas. Una fría expresión de odio había asomado a sus ojos.

De modo que aquella estúpida de Nancy le despreciaba ahora… De modo que se había vuelto una reina cuando en realidad no era más que una… una…

Con los puños apretados, fue hacia el edificio principal.

No estaba acostumbrado a que las mujeres le despreciaran. Hacía muchos años que no sufría ningún fracaso, ni sentimental ni de otra clase.

—¡Bunker!

Bunker apareció poco después. Venía ya preparado para montar a caballo y partir inmediatamente. No le fallaba el rifle, que descansaba en su mano derecha.

—¿Qué hay, patrón?

—Vas a ayudarme.

—Ajá.

—Trae los dos mejores caballos que tengas en la cuadra. Hemos de ir a la parte sur por los atajos.

—En seguida, patrón.

Bunker desapareció, regresando muy poco después, con dos caballos de magnífica estampa, ya ensillados.

Ambos montaron, Malcom lo hizo con rabia y clavó espuelas salvajemente. El caballo así castigado relinchó, saliendo disparado. Bunker le imitó.

Durante unos minutos galoparon sin descanso, a través de atajos y cortando camino por los despeñaderos. Al fin distinguieron un carruaje que se dirigía a no mucha velocidad por el camino principal que salía del rancho por el sur y empalmaba con la ruta principal de Wichita.

Bordeaba ya dos profundos despeñaderos. Media milla más allá estaba el tercero y último, que era el más peligroso porque el camino pasaba muy cerca de él.

Bunker murmuró:

—Son Nancy y su marido…

—Sí. Y voy a acabar con ellos.

Bunker lanzó un silbido.

—Vaya… Esta vez pica fuerte. ¿Qué beneficio va a obtener con ello?

—Ninguno. Pero estoy harto de esa mujer. No se burlará más de mí.

Bunker no se inmutó.

—¿A tiros? —se limitó a preguntar.

—No. Hay que disparar contra las patas de los caballos. Hacer que se asusten y se desboquen. Lo demás vendrá solo.

Bunker alzó el rifle, sonriendo.

—Pues entonces empecemos. «No mates mañana al tipo que puedas matar hoy».

CAPÍTULO XIV

Mientras tanto Billy estaba llegando a Rancho Malcom.

Quería ver al dueño y hacerle algunas preguntas sobre Morgan. Quizá él le aclararía algunas cosas. Iba sin prisas, sumido en sus pensamientos.

De pronto oyó unos gritos.

Eran los clásicos gritos que a veces le llenaban de nostalgia, recordando las épocas en que él también arreó ganado en las caravanas. Los vaqueros chillaban para dirigir a las reses, que en este momento aparecían en la hondonada, dirigiéndose hacia los pastizales del rancho. Eran un par de centenares de cabezas de buena estampa.

Un par de ellas se desmandaron.

No estaban acostumbradas a aquellos vaqueros y no les obedecían como a los otros.

Billy decidió ayudarles. Era normal, al fin y al cabo. Persiguió a las reses fugitivas, les cortó el camino y las hizo dirigirse hacia el grueso de la manada, que avanzaba pesadamente.

Una vez junto a los otros, les saludó.

—Lleváis una buena tropa, ¿eh?

—Hum… Son díscolas.

—Pero hay ejemplares estupendos. Veo incluso algunos sementales.

—Sí. Es buen ganado…

—Espero que no os de más problemas hasta llegar a los pastizales. ¿Los lleváis muy arriba?

—A la zona oeste.

—Pues cuidadlos, porque este rebaño vale una pequeña fortuna. Y ahora adiós.

—Adiós, Billy.

El joven dejó que pasaran las reses a fin de encontrar un camino despejado.

No se había fijado demasiado en ellas, excepto en que eran de excelente calidad.

De pronto sus ojos se desencajaron. Sus dedos se cerraron fuertemente sobre las riendas.

¡Infiernos! ¿Estaba viendo bien?

Aquella marca la recordaba. La había visto poco antes. Era el rectángulo con una cruz de doble brazo.

¡Las reses llegadas a Wichita poco antes!

Con voz ronca llamó al único de aquellos vaqueros cuyo nombre recordaba.

—¡Eh, Bob!

Bob se volvió.

—¿Qué hay?

—¿De dónde han salido estas reses?

—Las acabamos de comprar por orden del patrón.

—¿No iban destinadas a Morgan?

—¿Y yo qué sé? Puede que sí, pero Morgan está muerto. El tipo que había de venderlas las ha ofrecido a buen precio y nosotros hemos aprovechado la ganga. Esto es todo.

—¿Pero cómo sabía Malcom que esa ganga se iba a presentar precisamente hoy? ¿Cómo es que ha enviado un equipo completo de vaqueros para recoger las reses?

Bob hizo un gesto de impaciencia.

—Preguntas más que un *sheriff*, maldita sea. Lárgate de aquí y nos fastidies. ¡Hala, fuera!

En otras circunstancias quizá Billy hubiera contestado a aquellas palabras con un puñetazo. O con una bala.

Pero ahora tenía demasiadas cosas en que pensar. De repente un nuevo mundo parecía abrirse ante sus ojos.

¡Dios santo! ¡Empezaba a verlo todo con una claridad siniestra!

Las reses fueron pasando entre una nube de polvo.

Los vaqueros se alejaron.

El primer impulso de Billy fue ir hacia el edificio principal del rancho y hablar con Malcom, haciéndole un par de preguntas que le quemaban en la lengua. Por ejemplo si había hecho él matar a los

Morgan. Y si Bunker tenía orden de acabar con el joven Alex, sabiendo que se reunía con su hermana en la casa solitaria. Al saber que Billy merodeaba por allí, Bunker debía haberle llamado para dar a todos sus actos una apariencia de la mayor naturalidad.

Realmente lo había conseguido.

Billy no sospechó que en la muerte de Alex Morgan pudiera haber la menor premeditación hasta aquel momento.

También le quemaba el deseo de preguntar a Malcom si había hecho aquello otras veces: liquidar a los que iban a comprar las reses, por medio de pistoleros alquilados y desconocidos, a fin de comprarlas él luego a cualquier precio.

Y si había en ese negocio otro negocio aún mucho más importante.

¿No podía tener así Malcom reses con muy distintas marcas, sin que sospechara nadie? ¿Y no podían por tanto depositar los vaqueros en su rancho el producto de sus tropelías?

Era como tener un seguro de impunidad.

Era una situación magnífica para desorientar a cualquiera que iniciase investigaciones.

Tendió la mirada hacia el infinito, mientras sus ojos parecían nublarse. Pero llegó a ver en la distancia aquellos dos jinetes que se perdían por entre vaguadas y pequeños barrancos, buscando ganar espacio y quizá cortar el camino a alguien.

El joven picó espuelas.

¿Podía ser Malcom uno de aquellos dos jinetes? Era muy posible.

Hizo galopar su caballo en aquella dirección.

CAPÍTULO XV

Bunker hizo el primer disparo.

La bala resbaló justamente entre las patas de los caballos, que relincharon asustados, haciendo su carrera más rápida.

Malcom sonrió.

—Al de la izquierda le haré cosquillas en la tripa —dijo.

Disparó a su vez, y la bala, increíblemente certera, arañó levemente el vientre de uno de los animales. La sangre brotó. El caballo estiró el cuello, pareció enloquecer y se lanzó a un galope desenfrenado, arrastrando a su compañero.

Nancy chilló asustada.

—¡Cuidado, John! ¡Cuidado!

—¡Estoy tratando de dominarlos! ¡Se han vuelto locos!

—¡Van a desbocarse!

—¡Alguien lo está intentando! ¡Quiere que nos matemos!

Nancy se llevó las manos a la boca, aterrorizada.

—¡Dios santo…!

Bruscamente lo había comprendido. Intentó saltar del carruaje desesperadamente. La mano dura de John lo evitó.

—¡Espera! ¡Puedo dominarlos!

—¡Nos acercamos al barranco!

—¡Espera!

En efecto, iba a poder dominar a los corceles. Bunker, con el gatillo a punto, dijo admirativamente:

—Reconozco que es más hábil de lo que creía. No va a caer por el despeñadero.

—Un par de balazos más y veremos si los frena.

Bunker se pasó la lengua por los labios.

—Allá voy…

Fue a apretar el gatillo.

Allá voy…

En ese momento la bala le atravesó el pecho de parte a parte. Lanzó un grito gutural, mientras soltaba su arma. Con los ojos desencajados, miró hacia un punto del infinito.

Billy, que había tirado a gran distancia con su revólver, desvió el cañón un poco.

Menos cuentos.

Nada de hablar con Malcom, si al fin y al cabo no hacía falta. Lo liquidaría y en paz.

La voz volvía a gritar en su interior:

«¡A muerte, Billy!».

En ese momento Malcom le vio. Se dio cuenta de que Billy estaba lo bastante cerca para matarlo. Y que podía hacerlo con la misma facilidad con que había matado a Bunker.

Se pegó al suelo, medio hundiéndose en un pequeño declive del terreno.

Billy disparó, pero, esta vez no hizo blanco, debido a la rapidez de su enemigo. Lanzó una imprecación.

Si Malcom desaparecía ahora de su vista, podía escapársele muy bien. El no conocía aquel terreno, que además era muy irregular y con numerosos escondites.

Pero si Billy tenía motivos para quejarse, más los tenía Malcom.

Aun contando con que lograse escapar, había fracasado su intento de acabar con John y Nancy. John había dominado a los caballos. Nadie volvería a disparar contra ellos.

Y seguramente sabían ya que era él quien había intentado matarles. Las cosas se complicarían de tal modo que todos sus planes podían venirse a tierra.

Billy se acercó al galope.

Miró en torno suyo, con todos los nervios en tensión. Aunque pareciera mentira, quizá era él quien se encontraba ahora en posición más desfavorable, al no conocer el terreno bien. Su enemigo podía acecharle desde cualquiera de las hondonadas.

Sin embargo, eso no ocurrió.

Lo único que quería Malcom era huir.

Se arrastraba como un reptil por el fondo de una vaguada, intentando llegar a los matorrales que flanqueaban un riachuelo y

entre los que podría ocultarse bien.

Billy, para encontrarle, tuvo que emplear la táctica de los rastreadores: dar con su caballo círculos cada vez más anchos, batiendo el terreno. Pero eso requería tiempo, y además podía pasar junto a Malcom sin verle, a poco que le fallase la suerte.

Empezó a trotar.

Mientras, a bastante distancia, John respiraba fatigosamente, tras haber conseguido detener a los caballos a dos yardas escasas del lugar en que empezaba el abismo.

—¡Dios santo…! —murmuró—. No puedo creerlo.

—Era Malcom.

—Sí.

—¡Alejémonos de aquí…! ¡Alejémonos de aquí aprisa!…

Fue a hacer girar los caballos, y en ese momento, un estampido rasgó el aire.

Ahora disparaban desde las cercanas rocas.

La bala arañó el vientre del segundo caballo, que pareció enloquecido también. Dio un salto y arrastró al otro. El galope se hizo frenético durante unos segundos, mientras Nancy chillaba de horror.

John veía acercarse el abismo con ojos desencajados.

No podía hacer nada.

Un doble alarido llenó el aire, mientras los cascos de los caballos pisaban el vacío.

Las ruedas del carruaje siguieron después.

John intentó desesperadamente aplicar el freno de mordaza que las inmovilizaba, pero fue inútil.

Ambos cuerpos salieron proyectados al aire.

El doble alarido, cada vez más débil, se perdió en el espacio.

CAPÍTULO XVI

Billy, a pesar de que estaba demasiado lejos para evitarlo, vio aquello con claridad. Y tuvo que detener su caballo mientras una palidez cérea le cubría el rostro.

Por unos instantes una sensación de frío le paralizó los nervios.

Veía en el fondo del abismo, a gran distancia, los cuerpos de los caballos entre los restos destrozados del carruaje. De Nancy y su marido no se distinguía nada, pero era indudable que estaban entre aquel montón informe de astillas.

Aunque no tenían la menor probabilidad de haber sobrevivido, era su deber tratar de agotar los últimos recursos. Llegar hasta allí por si aún podía hacer algo.

En un momento se olvidó de Malcom.

Picó espuelas y se dirigió hacia el fondo del despeñadero, bordeando el riachuelo, lo que le conduciría, dando un largo rodeo, al lugar de la catástrofe.

Malcom le vio pasar a muy corta distancia.

Sintió la tentación de balearle por la espalda, pero no se atrevió. Billy era demasiado peligroso, era como si tuviera ojos en la nuca. Ya haría aquel trabajo otro por él.

Cuando lo vio alejarse, respiró aliviado. Todo había salido bien, aunque no sabía cómo. Ignoraba quién era la persona que había vuelto a disparar contra las patas de los caballos, haciendo que éstos volvieran a desbocarse.

Billy se alejaba de él cada vez más. No había peligro de que se encontraran si él se dirigía al camino.

Así lo hizo.

Pudo llegar hasta su caballo y picó espuelas, sin que Billy lo viese. Unos quince minutos más tarde llegaba al lugar donde el

carruaje dio su última pirueta.

Miró en torno suyo.

¿Quién había disparado? ¿Quién llegó a ayudarle tan decisivamente?

En aquel momento la vio aparecer.

—¡Malcom!

El volvió la cabeza. En sus labios se dibujó una sonrisa turbia.

—¡Ethel!

Su hermosa secretaria salió de entre las rocas donde había estado oculta. Se dirigió a él.

—¡Ethel! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Te he ayudado.

—¿Pero cómo? ¿Por qué estabas ahí?

—Al ver que ellos salían en el carruaje y tú llamabas a Bunker me he dado cuenta enseguida, de lo que te proponías. Por otro camino he venido hasta aquí por si algo fallaba.

—Pues ha fallado, Ethel. De no ser por ti…

Ella sonrió despectivamente.

—Esa maldita advenediza… Esa condenada golfa… Tú y yo llevamos demasiado tiempo viviendo juntos para que ella se entrometiera, Malcom. Si no la hubieses matado tú, habría acabado por hacerlo yo.

—En realidad lo has hecho tú.

En los hermosos labios de la mujer se dibujó una sonrisa que los deformaba. Una auténtica sonrisa de hiena.

—No lo lamento.

—Hemos nacido el uno para el otro —susurró Malcom—. Ninguna mujer me ha entendido como tú.

Le tendió ambas manos, ayudándola a subir hasta la silla de su caballo.

Y allí se unieron sus bocas. Se besaron largamente mientras, abajo, los restos de los cadáveres y del carruaje se tostaban poco a poco al sol.

CAPÍTULO XVII

El caballo de Billy, se detuvo ante las ruinas del carruaje. La nube de polvo que éste levantó, apenas había acabado de posarse. Entre los hierros retorcidos, y las maderas rotas, asomaban los cuerpos de las dos víctimas.

Nancy y John.

Los que le habían salvado de morir cuando fue herido en la ruta. Los que el buitre de Malcom había asesinado fríamente.

Los cuerpos de los caballos yacían un poco más allá. Estaban también materialmente deshechos.

Billy se pasó una mano por los ojos, poco a poco.

Ahora, después de lo que sabía, podía llegar a unas cuantas conclusiones que lo cambiaban todo.

Si Malcom tenía en su poder reses robadas; si alquilaba pistoleros para matar; si tenía verdaderos asesinos en su rancho…, ¿quién era realmente?

El nombre asomó sólo a los labios de Billy:

Cliflord…

El nombre de guerra de uno de los forajidos más listos y desalmados del Oeste. La doble personalidad del más refinado asesino, al que hubo de perseguir en su vida.

Clifford…

De modo que lo tenía tan cerca, al alcance de su mano… De modo que estuvo viviendo en su propia casa sin sospecharlo…

En cambio Malcom sí que sabía quién era él. Había matado a demasiados de sus hombres para no conocerle. Y por eso, desde que Nancy y John le trajeron inesperadamente a su rancho, un solo pensamiento había anidado en su cabeza: matarle.

A eso obedecía lo que ocurrió por ejemplo en el cercado, la

primera noche. Un pistolero estaba apostado allí con la orden de acabar con Billy. Por eso el propio Malcom le llevó hasta el lugar de la «ejecución». Pero, el pistolero falló, y Malcom, para no parecer sospechoso, no había tenido más remedio que ceder su revólver a Billy. Aun así lo había lanzado a medio camino, para dar al pistolero una nueva oportunidad. Y al fallar ésta por segunda vez, a Malcom no le importó que muriera. La muerte era el premio de los tontos, y así, además, evitaba que el pistolero llegase a hablar.

Desde aquella noche, Billy no había hecho más que estar en constante peligro de muerte. Había escapado de un peligro para caer en otro.

Ahora todo concordaba.

Había estado metido en la boca del lobo sin saberlo.

Pero él resolvería aquello. Había llegado hasta Wichita, pasando sobre una alfombra de muertos, para exterminar a Clifford, cuyo verdadero nombre, ahora lo sabía, era el de Malcom. No se detendría en el umbral de la última puerta.

Llegaría hasta el fin, hasta el fondo.

Aunque estuviera solo.

La voz macabra, la voz sangrienta volvía a resonar en su interior:

«¡A muerte, Billy!».

Y Billy se puso en movimiento.

No enterraría a los muertos hasta que los hubiese vengado. Hasta que hubiera dejado tras él una estela de sangre.

CAPÍTULO XVIII

Malcom terminó de abrocharse la camisa, mientras silbaba alegremente una cancioncilla.

Ethel musitó: —¿Lía te vas a ir, cariño?

—Tengo muchas cosas que hacer. No puedo dedicarme a estar en tus brazos, que es lo que realmente me gusta.

—¿Tanta prisa hay?

Malcom miró a la mujer.

Estaba seductora así, mientras se ponía una bata transparente sobre su cuerpo de diosa.

—Tú eres la verdadera dueña de este rancho —dijo en voz baja —. Tú ahora estás unida a mí para siempre.

—Sí, querido.

—Pero hemos de defendemos. Ese maldito Billy está vivo. Pudo haberme matado cerca del riachuelo.

—Pero no te vio.

—Tuve esa suerte. De lo contrario ya no estaría aquí.

Ethel abrochó un poco su bata y se acercó a él mimosamente.

—Cariño, debes acabar con ese hombre. No hay problema para ti, teniendo dinero. Contrata los pistoleros que hagan falta.

—Los he contratado ya, y ese maldito siempre ha salido con vida. La verdad es que está caminando sobre una verdadera alfombre de muertos. Pero si ha vencido a dos hombres a la vez, no vencerá a cuatro. Yo me encargaré de que esté muerto esta misma noche.

Apartó suavemente los brazos amorosos de la mujer, que seguía sonriendo como una hiena.

Poniéndose la levita, salió de la habitación.

—¡Truman!

Su administrador vino corriendo. Todos temían los accesos de ira de Malcom.

—¿Qué ocurre?

—Vas a trabajar rápido, Truman.

—¿Qué hay que hacer?

—Han llegado bastantes manadas a Wichita. La mitad de ellas están custodiadas por hombres que sólo están esperando un empleo mejor. Por pistoleros salidos de la cárcel.

—Desde luego.

—He sabido también que están en Wichita los hermanos Barton.

—Sí. Yo también he oído eso.

—Vete a la casa de juego de Nelly, donde seguramente los encontrarás. También encontrarás un buen grupo de pistoleros que estarán gastándose sus últimos dólares. Ofréceles cien por cabeza a condición de que maten a Billy. Contrata a tantos como quieras, los Barton entre ellos.

—Bien, jefe. ¿Y si Billy ha huido?

—Me parece que ése no es de los que huyen. Pero advierte a todos que vigilen las salidas de la ciudad.

—En seguida.

Truman salió.

Un momento después estaba galopando en dirección a Wichita.

La casa de juego de Nelly era casa de juego y algo más. Como lugar para la contratación de pistoleros no tenía precio, porque todos se reunían allí. Además era un sitio discreto y donde nadie pronunciaba una palabra de más.

Dejó su caballo amarrado a la puerta y entró. Fue recibido como un rey.

Truman tenía un buen sueldo, y muchas veces administraba los intereses de Malcom en provecho propio, de modo que sus ingresos eran bastante mayores de lo que suponía el granuja de su jefe. De tales «honrados beneficios», una buena parte solía ir a los bolsillos de las alegres chicas de Nelly.

Por eso allí se conocía bien a Truman. Y se le recibió con todos los honores.

Vio a los hermanos Barton, implacables asesinos profesionales que seguían vistiendo de negro, como habían venido haciendo desde que empezaron a actuar.

Los Barton estaban jugando ante una mesa, por simple diversión, en compañía de dos chicas.

Otros pistoleros de menor monta bebían, fumaban y se dejaban desplumar alegremente.

Allí había donde elegir.

Truman dio una palmada, para llamar la atención, y gritó:

—¡Supongo que todos estáis interesados en ganar cien dólares en menos de un minuto!

Estas dos palabras «cien dólares» hicieron que todo el mundo se pusiera en pie.

Más de una chica que estaba acomodada en unas rodillas dio con sus posaderas en el suelo.

Sólo los Barton no se movieron.

—Va por vosotros también —dijo Truman.

—No trabajamos por cien dólares.

—Sólo hay que matar a un hombre.

—¿Quién?

—Billy.

—Lo conozco —dijo uno de los hermanos—. Le vi en Abilene. Era un verdadero huracán.

—Sí, pero allí estaba ante un solo hombre. No podrá liquidar a seis u ocho a la vez, como ocurrirá aquí. De modo que el que quiera participar en la ganga que lo diga.

Los Barton no se movieron. Solamente arquearon las cejas con un mismo gesto.

—Nosotros ciento cincuenta —dijo uno de ellos.

—De acuerdo. Pagaderos en cuanto matéis a ese tipo.

—Okay. Un trato es un trato. ¿Pero quién responde del pago?

—Malcom.

—Malcom es de confianza. Vamos allá.

Los dos salieron en silencio, dejando a los demás pistoleros con la boca abierta.

De pronto, como si en el interior de cada uno de ellos se hubiera disparado un resorte, se armó un verdadero tumulto.

—¡Yo también quiero ese contrato!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Truman los contó por encima. Eran ocho.

Con los hermanos Barton reunía diez pistoleros, es decir, una verdadera tropa.

—De acuerdo —dijo—. Para todos habrá trabajo…

—Mucho trabajo —gruñó una voz.

Los rostros se volvieron, como si fuera uno solo, hacia el lado de la habitación donde la voz acababa de sonar.

Allí estaba un hombre.

Un hombre de aspecto tranquilo, con la mano derecha a la altura del revólver, y que hizo lanzar a Truman un solo grito:

—¡Billy!

Billy sonreía con una expresión extraña. Truman comprendió que en aquella sonrisa, en aquella expresión, palpitaba la muerte.

—¿Cómo… has podido entrar? —balbució.

—Tu caballo, hermanito. Tu caballo detenido ante la puerta, con la marca del rancho de tu dueño.

Truman estaba mortalmente pálido. Con las facciones crispadas balbució:

—¡A muerte! ¡Cien dólares para el que lo liquide! ¡A muerte!

Dos pistoleros fueron más rápidos que los demás. Se movieron instantáneamente.

Billy apenas hizo un leve gesto.

El revólver pareció surgir de entre sus dedos. Dos detonaciones atronaron el local.

Y los pistoleros que se habían puesto en pie «se sentaron».

Se sentaron de una forma curiosa, uno encima del otro, con las cabezas atravesadas casi por el mismo sitio.

Truman estaba tan pálido como los cadáveres. Se tambaleó junto a la mesa.

—¿Alguien más quiere contratarse? —preguntó Billy con voz helada.

Nadie se movió.

La voz de Billy volvió a oírse otra vez, con un duro acento metálico:

—¿Cuánto ibas a ganar tú, Truman?

—Pues yo… yo…

—Vamos… Anímate, hombre. Defiende tus cien dólares.

Truman exhaló una especie de quejido. Sus ojos miraron al enemigo desesperadamente.

—Te ofrezco quinientos si te vas de aquí —dijo.
—¿Traicionarías a tu dueño?
—Mi dueño que se muera.
Billy sonrió.
—Vengan esos quinientos.
Truman hizo gesto de sacar la cartera. Llevó su derecha hacia el bolsillo correspondiente, bajo la levita. El pequeño revólver brotó a la luz.
Billy ya esperaba algo parecido.
Quería dar una oportunidad a su enemigo y al mismo tiempo ver hasta qué punto era un maldito sapo.
Hizo fuego antes que el administrador.
La cabeza de Truman saltó hacia atrás, alcanzada por la bala. Abrió los brazos, soltó el revólver y cayó pesadamente a tierra.
Billy paseó sus ojos por las expresiones de todos los presentes.
No vio más que rostros donde palpitaba el miedo. Facciones sudorosas.
—Sois unos cobardes, pero también unos desdichados —dijo—. Eso es lo que os salva. Ved lo que llevaba ese tipo y enviadlo a la familia de los dos muertos, si es que la tenían. Y ahora empezad a rezar por el alma del pobrecito que se mueva…
Nadie se movió.
Nadie quiso jugarse la vida a aquella ruleta donde el único color era el negro.
Billy salió por una de las ventanas posteriores, el mismo lugar por donde había entrado.
Pero en la calle le aguardaba una sorpresa. Los Barton acechaban. Los Barton no estaban dispuestos a dejar escapar una presa por la que luego pedirían lo que quisieran a Malcom.
Le vieron mientras descendía.

—Jim, ahí está.
—A él…
Se deslizaron entre las sombras como gatos gigantescos. Aquél era su modo de trabajar. Los Barton siempre habían sido unos asesinos de las tinieblas.
Se pegaron a una fachada.
No se dieron cuenta de que correspondía a la empresa de pompas fúnebres de Wichita.

Y aunque se hubieran dado cuenta, ¿qué importaba? Incluso el detalle les hubiera hecho gracia.

Sin embargo, aquello iba a tener más importancia de lo que creían. Porque en la funeraria estaba siendo velado el cadáver de un ranchero asesinado recientemente, y junto a la ventana se encontraba una muchacha.

La hija de Morgan vio avanzar a los dos hombres sigilosamente. Y vio también a Billy, que se descolgaba por la fachada de uno de los edificios.

No podía avisarle. Si gritaba, él no la oiría a través de la ventana cerrada.

No podía hacer más que una cosa, y la hizo. Sujeto uno de los candelabros.

Lo lanzó con todas sus fuerzas a través de la ventana, produciéndose un estrépito de cristales rotos. Jim Barton estaba tan cerca que hubo de apartarse para que aquello no se estrellara en su cabeza.

Billy se volvió.

Pudo ver a los dos hombres. Lanzó una maldición y se dejó caer a tierra instantáneamente.

Los revólveres ladraron.

Los «Colt» de los Barton picotearon en la fachada, donde había estado unos segundos antes. Las balas se clavaron inútilmente en ella.

—¡Por allí!

Los Barton intentaron acorralar a su enemigo. Siguieron su táctica peculiar, la de atacar uno por cada lado.

Pero Billy ya los había visto. A pesar de que sus ropas negras les permitían confundirse con la oscuridad, el brillo quedo de sus revólveres les delataba. No habían tenido la precaución de emplear revólveres también negros.

Billy se pegó a la fachada.

El también estaba hundido entre las sombras.

Disparó una vez. El fogonazo iluminó su rostro por unas décimas de segundo.

Jim Barton cayó hacia atrás. Lanzó un alarido que rompió la noche, al sentir el plomo entre sus costillas.

Sonaron dos detonaciones más.

Billy había saltado en el mismo instante de disparar, cambiando de posición. Eso fue lo que le salvó la vida, esquivando las dos balas que acababa de dirigirle el hermano del herido.

Jim Barton intentó escapar.

Se tambaleaba.

Disparó como un borracho, mientras oscilaba de un lado a otro de la calle, rociando la fachada con plomo. Bill, desde el suelo, le envió la bala definitiva.

El alarido de Jim Barton se repitió.

Cayó de espaldas, soltando el revólver, y se estrelló contra una ventana, cuyos cristales quedaron hechos añicos.

Su hermano intentó huir. Sabía que ahora iba a ser inútil intentar cazar a Billy.

Pero quiso vengarse de la mujer que le había avisado. Nada tan fácil como tirotear a la muchacha a través de la ventana.

Se acercó a ella.

El negro ojo de su revólver asomó por el hueco. Sus facciones estaban contraídas. Liz Morgan miró cara a cara a la muerte, sabiendo que no podría escapar, dándose cuenta de que aquello era el fin.

Sonó un disparo.

El último de los Barton giró sobre sí mismo, encogiéndose, mientras su rostro se convertía en una máscara sangrienta.

La bala le había penetrado por uno de los pómulos. Cayó resbalando por la fachada, mientras gemía entrecortadamente.

Al llegar al suelo, había dejado de gemir. Estaba muerto.

Billy se acercó a la puerta del poco divertido establecimiento. Todo lo que se le ocurrió decir, mirando a los dos cadáveres, fue:

—Habéis muerto al lado mismo de la funeraria… ¡Menuda suerte!

Liz casi cayó en sus brazos. Estaba jadeante, destrozada. Ver morir a su padre y a su hermano en un plazo de veinticuatro horas y además haber escapado por el grosor de un cabello al mismo trágico fin, era algo que resultaba superior a sus fuerzas.

Llorando sobre el pecho del hombre, fue incapaz de hablar durante unos instantes. Al fin, cuando hubo recobrado la respiración, lo único que pudo susurrar fue:

—No podré resistirlo…

—No tendrás necesidad de aguantarlo durante demasiado tiempo, Liz. Todo esto está terminado ya.

—¿Cómo puedes decir eso?

—He venido hasta Wichita para matar a Clifford, y ahora sé quién se oculta bajo ese nombre.

—¿Quién?

—Malcom.

—¡No es posible!

—Debisteis haberlo sospechado antes, siendo sus vecinos más inmediatos.

—No dejaba que nadie traspusiera los límites de su rancho. No se sabía quién entraba y salía de él.

—Ahora ya se sabe. Demasiado bien se sabe lo que está oculto allí. Y voy a terminar con el asunto esta misma noche.

—¿Tú solo?

—No necesito a nadie.

—No podrás…

—Claro que podré… Un hombre sólo tiene la ventaja de que la mayor parte de las veces no le ven. Además, no todos los vaqueros de Clifford son granujas. Habrá bastantes de ellos que no querrán líos y se retirarán apenas oigan el primer disparo.

Ella se apretó más contra su pecho. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Billy…

—Volveré, Liz. Yo nunca olvidaré a la mujer que me ha salvado dos veces la vida…, y que además es tan bonita como tú.

—Billy… Todos los hombres sois unos interesados. ¿Volverías lo mismo si te hubiera salvado una vieja?

—Sí, pero no para casarme con ella, sino para pagarle un *whisky* triple. A ver si así se moría y encima me nombraba su heredero…

Dio un cachetito en las llorosas mejillas de la muchacha y se alejó. Algunas ventanas empezaban a abrirse y algunas personas comenzaban a aparecer en la calle antes solitaria.

Pero Billy no se entretuvo. Lo único que jugaba a su favor era la sorpresa. Y tenía que aprovecharla.

Los hombres que estaban de guardia junto al edificio principal del rancho vieron aparecer el caballo. La luz concentrada de los faroles lo recortó, estaba aún a unos veinte pasos. El caballo

avanzaba pesadamente y parecía llevar un bulto doblado sobre la silla.

—Eh, Joe…

—¿Qué hay?

—¡Mira!

Los dos centinelas se aproximaron. El caballo se detuvo al llegar a las inmediaciones del edificio, en terreno que ya conocía muy bien. Los hombres quedaron atónitos sintiendo que les temblaban las mandíbulas.

—¡Mira!

—¡Infiernos!

—¡Es Truman! ¡Lo han matado! ¡Y alguien lo ha puesto sobre el caballo para que viniera hasta aquí!

—Eso significa que…

—¡Tiene que haber sido Billy!

El nombre pareció conjurar a otros vigilantes que se encontraban cerca. El propio Malcom apareció, ciñéndose apresuradamente el cinto pistolera.

—¡Truman! ¡No es posible!

—Ha tenido que liquidarlo Billy.

—¡Eso significa que los demás también han fracasado! ¡Hay que prepararse enseguida! ¡Vendrá aquí!

Lo que Malcom no sabía era que Billy no vendría, sino que ya estaba.

La fantasmal aparición de Truman, provocada por él, no había obedecido a una casualidad.

Concentrando la atención de todos en el muerto, había conseguido llegar hasta el tejado del edificio principal sin que nadie le viese.

Y ahora estaba allí, con el revólver preparado y cargado con seis balas.

No iba a guardar ceremonias. No daría a Malcom ninguna oportunidad. Para él era simplemente un condenado a muerte.

Apuntó y apretó el gatillo.

Pero esta vez la suerte no le acompañó. Malcom, en el último momento, se había movido, sin sospechar el peligro que le acechaba. La bala le rozó la oreja derecha. Le hubiera volado el parietal, pero ahora lo único que hizo fue asustarle.

Malcom se pegó al suelo, chillando como una rata.

Tres hombres más estaban con él en ese momento. Los tres sacaron sus armas, sin saber bien dónde estaba el enemigo.

Billy apretó el gatillo tres veces. Una por cada enemigo.

Los tres hombres se tambalearon casi al mismo tiempo y de la misma forma. Ninguno de ellos tuvo la fuerza ya para levantar el «Colt». Cayeron a tierra sin lanzar un grito.

El que lanzó el grito fue Malcom. Chilló otra vez como una mujer, sintiéndose acorralado.

De un salto penetró en la casa, mientras Billy se deslizaba en silencio hacia una de las ventanas de la parte posterior.

Conocía el edificio lo bastante bien para poder moverse por él. Salió enseguida a las escaleras del primer piso, que daban sobre el vestíbulo principal.

Vio a Malcom allí. Pero al que no vio fue al tipo que le apuntaba desde una de las puertas.

Aquel hombre le estaba encañonando ya con una absoluta precisión. No tenía más que apretar el gatillo para volar la cabeza de Billy.

Paradójicamente fue el propio Malcom quien le salvó la piel. Vio a Billy, y tiró contra él precipitadamente. La bala se empotró en el techo, obligando al joven a hacer un rapidísimo movimiento para protegerse.

En aquel momento disparaba también el parapetado en la puerta. La bala rozó a Billy, que respondió inmediatamente desde su nueva posición.

Los dos fallaron.

El pistolero intentó cerrar la puerta, protegiéndose tras ella. Billy envió sus últimos proyectiles contra la hoja de madera, perforándola. El enemigo que estaba casi apoyado en ella se estremeció. Su grito de muerte llenó la casa. Soltó el revólver y trató de sujetarse al pomo, del que quedó colgado materialmente, mientras por su boca escapaba la sangre.

Malcom volvió a chillar. Nunca se había sentido tan acorralado, tan perdido como en aquel momento. Buscó cobijarse bajo las escaleras, creyendo que allí estaría seguro.

Lo consiguió, por el sencillo hecho de que Billy no pudo disparar contra él mientras recargaba su revólver.

Pero con aquello él mismo se acorralaba. No había salida desde debajo de las escaleras. Tembló mientras apretaba el revólver frenéticamente.

Billy ya tenía de nuevo seis balas en el cilindro. Se dispuso a descender.

En aquel momento una sombra apareció tras él.

Era la sombra de una mujer, que temblaba de excitación, de miedo, de angustia.

—Billy…

La vio apenas, al mirarla de soslayo. Era Ethel, la secretaria de Malcom.

Billy no tenía ningún motivo para sospechar de ella. Bajó un poco el revólver.

—¿Tú aquí, Ethel?

—Por favor, sácame del rancho… Ya no puedo soportar esto más… Ese condenado Malcom me horroriza… ¡Sácame de aquí!

Billy susurró:

—No tengo nada contra ti. Lo haré apenas haya acabado con ese buitre.

—Gracias, Billy.

El le volvió confiadamente la espalda. Se dispuso a descender poco a poco.

Las facciones de la mujer cambiaron. Dejaron de reflejar temor, angustia. Lo único que se leyó en ellos ahora fue una salvaje y cruel satisfacción.

La sonrisa de hiena que Malcom conocía bien. La que tantas veces le había extasiado.

Sacó de su escote un pequeño revólver niquelado. Apuntó con él a la espalda de Billy.

Éste no sospechaba nada. Iba descendiendo peldaño a peldaño. No podía ni imaginar que la muerte respiraba a su espalda.

A causa de la lentitud de su descenso, Malcom no le oía. Pensó que quizás iba a tener una última oportunidad para huir. Que el otro aún se encontraría en el piso superior con Ethel, quien le había traicionado como una zorra.

No imaginó que Ethel intentaba salvarle. Que sus palabras habían sido una trampa. Que en este momento se disponía a disparar contra la espalda de Billy.

Salió corriendo, mientras intentaba protegerse tras una cortina de plomo. Disparó hacia arriba sin apuntar, sin ver. Tan sólo de una manera confusa llegó a distinguir la figura de Billy.

Éste se pegó a la pared, escapando por unos momentos el control del cañón de Ethel. Hizo fuego dos veces.

Malcom se detuvo en seco, en el centro del vestíbulo.

Dio un grotesco salto en el aire.

Sus facciones se volvieron de color púrpura, mientras rechinaba los dientes.

Vio a Ethel en la escalera. Creyó que iba con Billy, que la acompañaba para huir con él.

—¡Maldita…!

El disparo alcanzó a la mujer en el pecho. Ésta gimió mientras se doblaba trágicamente.

Billy vio entonces el revólver en sus dedos. Se dio cuenta de lo que había estado a punto de suceder.

Disparó una nueva bala. Ésta fue definitiva. La cara de Malcom quedó completamente deshecha.

El suave y felino cuerpo de Ethel rodó poco a poco por los peldaños, hacia abajo, trágicamente, manchando la alfombra de sangre.

Billy respiró hondamente, con cansancio, casi con angustia.

La aventura había terminado.

Ya nadie más volvería a oír hablar de Clifford, el granuja que aterrorizó al Oeste.

Y tampoco oirían hablar de Billy, el hombre que lo mató.

Porque ahora Billy sólo quería ser un honrado ranchero. Un hombre tranquilo.

Pensó que lo primero que tenía que hacer era ir a Ver a Liz Morgan.

Buena chica aquélla. Y peligrosa.

¡Menudos silletazos daba!

¿Cómo serían sus besos?

El joven oyó de nuevo aquella voz en su interior:

«¡A muerte, Billy!».

—Lo peor —pensó— es que va a ser ella la que me mate a mí…

FIN

Notas

[1] En efecto, el llamado «Sindicato del Crimen», cuyos miembros matan a precio fijo, es hoy el mayor negocio criminal de Estados Unidos. (N. del E.). <<